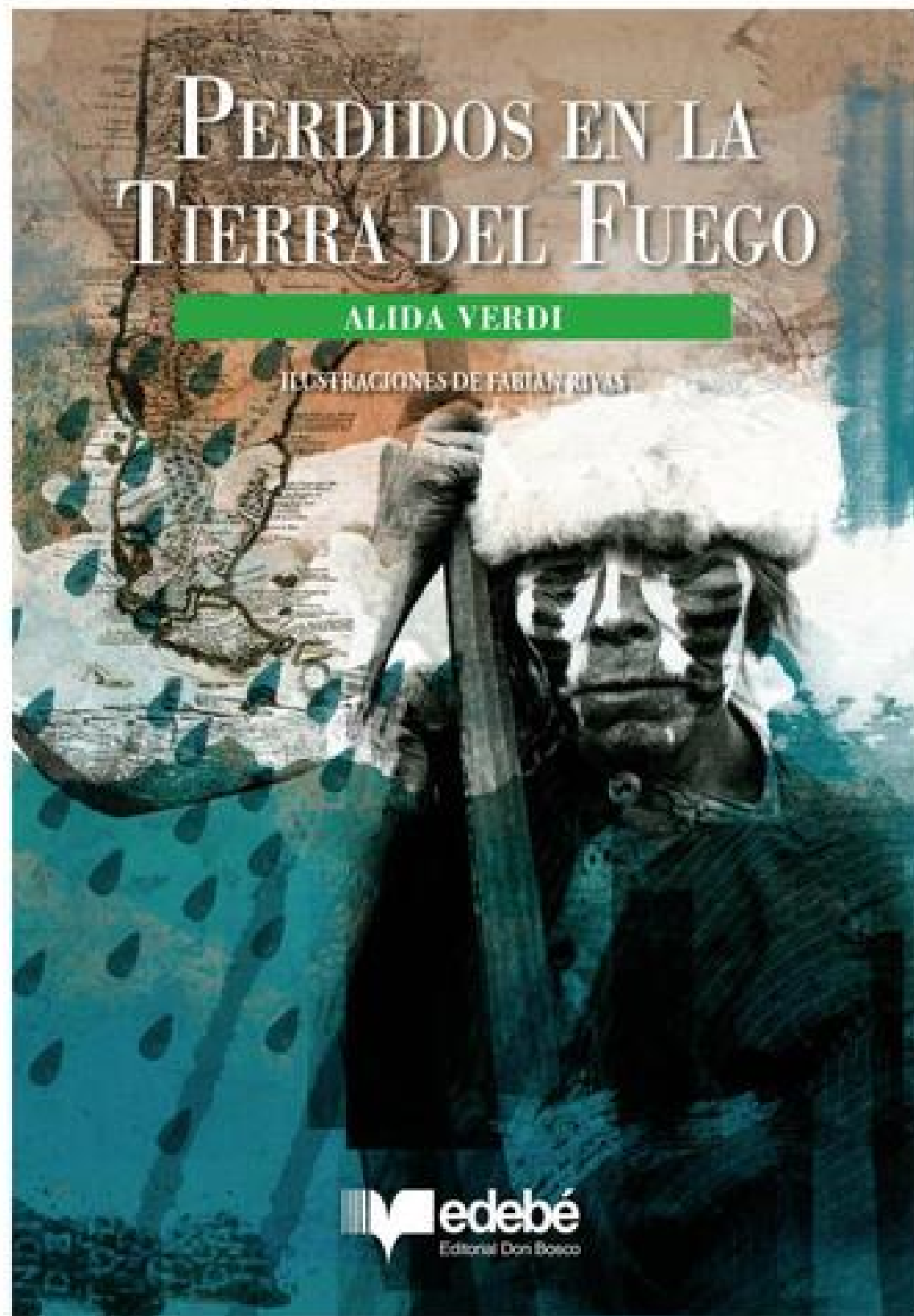




PERDIDOS EN LA TIERRA DEL FUEGO

ALIDA VERDI

 **edebé**
Editorial Don Bosco

Perdido en la Tierra del Fuego
Alida Verdi

Edición y diseño equipo Edebé Chile

Ilustraciones de Fabián Rivas

© Alida Verdi

© 2016 Editorial Don Bosco S.A.

Registro de Propiedad Intelectual N° A-273578

ISBN: 978-956-18-1183-6

Editorial Don Bosco S.A.

General Bulnes 35, Santiago de Chile

www.edebe.cl

docentes@edebe.cl

Primera edición digital, Agosto de 2019

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Índice

- [1 Domingo en familia](#)
 - [2 Reencuentro de viejos amigos](#)
 - [3 ¡Peligro sobre el océano Pacífico!](#)
 - [4 Explorando la Tierra de los Fuegos](#)
 - [5 El ataque de los wolapatu](#)
 - [6 Diego se convierte en un nómada del mar](#)
 - [7 La cacería de los lobos marinos](#)
 - [8 El regreso de Onashga le kipa](#)
 - [9 Kaiowala el sabio Yekamush](#)
 - [10 La expedición de los huevos](#)
 - [11 El chiéjaus](#)
 - [12 ¡Al fin libres!](#)
 - [13 Kaiowala y la ballena varada](#)
 - [14 El regreso del platillo volador](#)
 - [15 En la Ciudad Sagrada de Warahuamán](#)
 - [16 ¡Qué rico es estar de vuelta en casa!](#)
- [Glosario](#)



1 Domingo en familia

La lluvia anunciada la tarde del domingo, decidió dejar en ridículo a los meteorólogos y se quedó atrapada en una espesa y oscura capa de nubes que bloqueaba totalmente la vista de la cordillera de Los Andes. Desde el living de la casa de la familia Herreros llegaba el sonido de risas y vasos, que disfrutaba su reunión dominical. Aburrido y solitario en su habitación, Diego se asomó por la ventana y suspiró:

—¡Qué lata! ¡No sé por qué los niños tenemos que soportar los almuerzos familiares!

Los almuerzos de los Herreros tenían una carga soporífera del terror; todos y cada uno de los tíos hacían lo imposible por demostrar sus cualidades de humoristas fracasados y los abuelos de ambas partes discutían y se aportillaban mutuamente como si sufrieran un ataque de demencia senil. Pero seamos francos: Diego se había aburrido la semana completa, seis largos días, desde que su padre, preocupado por el exceso de juegos online y tv cable, le impusiera serias regulaciones al respecto. No era la primera vez que el papá de Diego daba la batalla, pero sin duda esta campaña era la más estricta. En todo caso, hay que reconocer que Diego había enfrentado la situación valientemente y, tomando un libro, había decidido gozar con la imaginación.

Entonces, asombrado, Diego se había dado cuenta de dos cosas espantosas: Primero, que no tenía ganas de releer sus libros favoritos. Segundo, que los tres nuevos títulos que esperaban en su librero ¡eran una lata! Diego trató de descubrir en qué habría estado pensando su madre al momento de elegirlos, pero se sintió incapaz de lograr su objetivo. Algo parecido le había ocurrido con la famosa

chaqueta que desapareció misteriosamente poco después de hacer una terrorífica aparición desde el interior de un regalo de su abuela. Diego podía aceptar muchas cosas, hasta se la había probado para que ella disfrutara de su ridícula apariencia, pero usarla en público, jamás.

—Diego, dice mi tío que me prestes el tablet —su prima Javiera acababa de invadir su dormitorio.

—No puedo, lo voy a ocupar —gruñó Diego.

—Dice mi tío que tienes prohibido usarlo, así que tienes que prestármelo —insistió Javiera.

Humillado y furioso, Diego salió dando un portazo. Que Javiera se arreglara solita para encontrar el tablet, después de todo, estaba demostrando que sabía ingeniárselas muy bien para conseguir las cosas.

Con las mejillas ardiendo, el niño se deslizó escaleras abajo. Al parecer todo el mundo lo estaba pasando muy bien en la casa, porque las carcajadas de la familia retumbaban en las paredes. En todo caso, Diego no estaba tan enojado como para olvidar que su padre, además de no saber resguardar la privacidad ajena, tenía muy buen oído, de modo que abrió y cerró la puerta silenciosamente y en menos de un segundo ya estaba afuera. ¡Libre!

¡Momento! ¿Era una gota de lluvia lo que acababa de caer sobre su nariz? ¡Quizás no era tan buena idea escaparse a jugar afuera! Otra gota resbaló por su mejilla. Qué mala suerte, no podía haber un domingo más aburrido que este, quizás sería mejor que volviera a su dormitorio... pero, alto, ahí estaba la pesada de Javiera con SU tablet. No, antes muerto que regresar con la cola entre las piernas.

¿Y Jeremy, dónde estaría ese pulgoso traidor? Seguramente debajo de la mesa del comedor, pidiendo bocadillos extras.

—Gruf.

Diego se volvió de un salto para descubrir que el terrier estaba echado sobre la mecedora favorita de su mamá en compañía del hueso más asqueroso y de peor aspecto que él hubiera visto jamás, a Diego incluso le pareció divisar un gusano retorciéndose indiscretamente.

—Jeremy, ¿de dónde sacaste eso? Si te ve mi mamá, te mata. Dame eso, ven, vamos a jugar.

Y los dos compinches salieron corriendo por el patio sin preocuparse de las flojas gotas que salpicaban aquí o allá. Diego aprovechó de botar el hueso a la basura sin que el perro se diera cuenta. Adiós, gusano repugnante. Luego encontró una pelota olvidada por allí y se dedicó a chutearla. Jeremy, feliz, corría detrás del balón haciendo su mejor esfuerzo por agujerearlo antes de que la llovizna arreciara y los obligara a refugiarse bajo techo.

Un fuerte zumbido llamó la atención del niño, quien miró buscando su origen. Algo estaba sucediendo, eso era seguro. Hasta Jeremy parecía inquieto; saltaba, daba vueltas de un lado a otro, gruñía y miraba hacia el cielo gris y opaco. Por último, no encontró nada mejor que ponerse a ladrar como si su canina vida dependiera de ello.

—¡Jeremy, cállate que nos van a pillar! —ordenó Diego asustado.

Pero Jeremy estaba decidido a hacer el loco, después de todo, se trata de la actividad favorita de un terrier pelo de alambre; en vez de parar los ladridos los cambió por algo definitivamente peor: un dolido, pavoroso, tremebundo, escandaloso e inconfundible aullido.

Y es casi seguro que en ese mismo instante los habrían descubierto jugando bajo la lluvia si no fuera porque la capa de nubes que cubría la ciudad se rasgó,

bruscamente, justo sobre la casa de los Herreros, mostrando el vientre tachonado de luces de colores de un inmenso platillo volador que en una fracción de segundo abdujo al niño y al terrier para después cerrarse otra vez, casualmente, en el mismo momento que la lluvia se dejaba caer con estruendoso tamborileo sobre la capital de Chile.



2

2 Reencuentro de viejos amigos

Cuando Diego abrió los ojos, parpadeando, deslumbrado por la luz que inundaba profusamente el lugar, sus ojos asombrados enfocaron un tocado de plumas rojas y amarillas, estaba tan mareado aún que no hizo a un lado al terrier: a pesar de su aliento.

—¿Dónde...? Un momento, yo te conozco... —la memoria de Diego comenzaba a aclararse mientras intentaba incorporarse.

—Quédate quieto un rato más, Diego Herreros, por algún motivo que ignoro perdiste el conocimiento al ser tele transportado.

¿Tele transportado, tocado de plumas? Diego conocía a ese extraño indígena, estaba seguro de eso. Y también Jeremy, que, parado sobre sus patas traseras, le olfateaba amistosamente. ¡Incas, eso era, guerreros, Warahua... eso era, sus amigos de la ciudad secreta de Warahuamán habían regresado por él!

—¿Dónde está Aymi? —preguntó mientras se sentaba y buscaba por todos lados —los recuerdos ya estaban en su sitio.

—Aymi está dedicado a estudiar, Niño de las Tierras Prohibidas —sí, era Amaru Mayta, sólo él podía darle un nombre tan largo a un niño de doce años—, cuando volemos a Warahuamán —continuó el capitán— volverás a verlo. Nos ha pedido que te saludemos en su nombre.

Ahora los recuerdos se atropellaban en la cabeza del niño. El Amauta prisionero, el viaje a la ciudad maya de Quetzaltlán. ¡La terrorífica aparición del jaguar justo ante su nariz, casi dos años de su primer encuentro con los habitantes de la Ciudad Sagrada! El Consejo de las Ciudades Secretas y su discurso en defensa de la libertad de los hombres. Diego estaba tan contento de volver a encontrarse con

sus amigos que las palabras se escapaban de su boca en total desorden. ¡Todos sus sueños eran mucho más que eso, siempre lo había sentido y ahora podía confirmarlo!

También los guerreros incas habían echado de menos a Diego, de manera que ocuparon largo rato en hacer recuerdos y preguntarse mutuamente por lo que estaban haciendo en el presente. Como era costumbre, lo invitaron a sentarse frente al panel de instrumentos para disfrutar la magnífica visión del espacio, oscuro, impenetrable y salpicado por las luces fulgurantes de los astros lejanos. Diego, feliz, quería saberlo todo: qué lugar sobrevolaban ahora, a qué velocidad, con qué rumbo, a dónde iban. El capitán Amaru Mayta, su viejo amigo, respondía todas sus preguntas pacientemente, si bien el niño no dejó de notar que eludía cuidadosamente referirse a su lugar de destino. ¿Es que acaso no iban volando hacia Warahuamán? ¿Querrían los incas que conociera otra de las ciudades secretas? De pronto, recordó otro detalle más importante aún:

—¿Por qué siempre me olvido de ustedes, Amaru Mayta? Esta vez estaba decidido a recordarlos y no pude. Después, estaba seguro de que soñaba con gente a la que realmente conocía, pero aunque me propuse recordarlos, de todas maneras se borraron de mi memoria.

—Puede que tu memoria persistiera al principio, pero todo está programado para que creas que sólo soñaste lo que has vivido. Es mejor así, Diego Herreros. Sería muy difícil para ti no revelar, accidentalmente, nuestra existencia y eso nos pondría a todos en peligro. Tú ves cómo funcionan los medios de comunicación, la noticia se expandiría como el fuego sobre la hierba seca del verano y Warahuamán sería la primera en arder. ¿Crees que nos dejarían seguir viviendo aislados? No lo creo, querrían que escogiéramos un país, que les entregáramos nuestros conocimientos.

Es mejor el silencio y ya ves que, apenas nos encontramos, todo volvió a tu memoria.

—Sí, tienes razón, Amaru Mayta. No me gustaría causarles una desdicha a mis buenos amigos.

Emocionados, se fundieron en un fuerte abrazo mientras la tripulación los avivaba y aplaudía entusiasmada.

Pero claro, todavía quedaba una pregunta importante por hacer, la principal. ¿A dónde se dirigían esta vez? Diego calló por el momento. Habían traído fuentes con comida, todos parecían tener apetito y ganas de atenderlo y festejar el reencuentro. Lo dejaría para después, además, necesitaba poner toda la atención del mundo para que no le pasaran quínoa, perdón, gato por liebre.

Los fritos de zapallo estaban de chuparse los dedos y Jeremy atacaba ahora su tercer plato de carne de llamo salteada. Amaru Mayta y su tripulación devoraban una gran fuente de calapurca. Diego se sirvió otra porción de fritos, los bañó con almíbar de chancaca a discreción y sintió que una ola de felicidad lo recorría: ¡Una hora antes estaba muerto de aburrimiento, sin nada interesante que leer, sin tv, sin tablet, arrancando de su latosa prima y jugando solo con su terrier! ¡Ahora estaba navegando en el Carro Dorado de Atahualpa, camino a quién sabía dónde, listo para vivir otra maravillosa aventura, de esas que sólo los incas de Warahuamán eran capaces de inventar! ¡Que su papá escondiese el tablet por un año, si quería, lo que estaba viviendo era mucho mejor que una pantalla y, al final, cuando regresara, ni siquiera él mismo se daría cuenta de todo el tiempo que había pasado fuera!

Lo único que necesitaba era conocer su lugar de destino, pero eso podía resolverse más tarde. El aroma de los platillos era delicioso y Diego tenía tanta hambre

que habría estado dispuesto a comer cualquier cosa, a excepción de la quínoa, por supuesto.

3



3 ¡Peligro sobre el océano Pacífico!

La nave planeaba velozmente sobre el mar y aunque desde su interior no podía percibirlo, Diego estaba seguro de que allí soplaba un viento de los mil demonios. Las aguas estaban encrespadas y salpicadas de espuma; negras nubes de tormenta se desplazaban desde el sur.

—La tormenta camina sobre nuestras huellas —dijo Amaru Mayta con tono sombrío—, no es el mejor momento para navegar en esta zona. Lo bueno es que para las embarcaciones este clima es perjudicial. Deberán dirigirse a puerto y no habrá ojos que nos observen. Mira, esa es la isla grande de Chiloé. Ahora volaremos sobre la zona de los fiordos con rumbo a la Tierra del Fuego.

¡Qué extraño se veía todo desde el platillo volador! Tan sólo el último verano Diego había viajado a Chiloé con sus padres, había evitado con éxito los chapaleles y había tiritado tratando de zambullirse en el agua gélida, pero estas islas oscuras, boscosas, húmedas y cubiertas de nubes que sobrevolaban eran tan diferentes al Chiloé de sus recuerdos que le parecía estar viendo otro mundo. Estas islas se veían más bien como el hogar del Trauko y la Pincoya, misteriosas y siniestras, y en cada caleta que se dibujaba parecía estar a punto de asomar el Caleuche con su carga fantasmal.

Pronto se adentraron entre los fiordos. Volaban a tal velocidad que era casi imposible ver en detalle el territorio insular, pero cada cierto tiempo reducían la marcha, asimilándola a la de un avión, para que el niño pudiera observar.

—Puedes hacer tu pregunta, Niño de las Tierras Prohibidas —dijo Amaru Mayta interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué pregunta? —dijo Diego sorprendido.

—Tú quieres saber a dónde nos dirigimos desde que abriste los ojos después de la teletransportación —rio Amaru Mayta.

¡Cierto, Diego no podía negarlo, pero le dio un poco de vergüenza haber sido descubierto tan fácilmente! ¡Y él que creía haber disimulado tan bien su curiosidad!

—No te preocupes, Diego Herreros, es hora de decirte la verdad. Mira, ven aquí.

Lo invitó a asomarse al panel de instrumentos y sobre la pantalla Diego pudo ver un mapa del extremo sur de Chile. Habían marcado con una equis roja una extensa zona costera y pudo leer el nombre: Bahía Lomas.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Un hermoso lugar, Diego Herreros, pero también las pruebas de una gran herida en la Naturaleza. Mira, estos son pantanos y humedales donde viene a reproducirse la mayor parte de las aves limícolas del hemisferio norte. Hasta no hace mucho, estas aves, que proceden de Estados Unidos y Canadá, se reproducían en cantidades tan enormes que no podías ver la arena cuando las sobrevolabas, pero cada día son menos las que pueden llegar hasta aquí.

—¿Por qué, acaso las están cazando?

—No, al Hombre de las Tierras Prohibidas no le interesa cazar aves marinas, no las come, no las puede comerciar, ni siquiera utiliza su guano como fertilizante. Lo peor es que en realidad al hombre le molestan las bandadas. Cuando las aves marinas divisan los grandes cardúmenes de peces y bajan a alimentarse el hombre piensa que le están robando su mercancía y así como matan a los lobos marinos por “el delito” de saciar su hambre, matan también a las aves. Las envuelven en sus redes y las arrastran hasta que mueren ahogadas. Miles mueren por nada.

Diego no podía creer que algo así estuviera ocurriendo. ¿Es que acaso nadie sabía que las pesqueras eran tan crueles?

—Tenemos que hacer algo, Amaru Mayta, no podemos permitir que esto continúe.

—Mi querido Niño de las Tierras Prohibidas, ojalá fuera tan fácil, pero ni siquiera todo nuestro esfuerzo ha podido eliminar esos crueles métodos de pesca. Por eso es que el Gran Magistrado nos pidió que te trajéramos para ayudarnos. Mira —le mostró otra vez la pantalla—, esta es el ave más expuesta de todas, se llama Playero rojo y los que ayer fueron 160.000 hoy sólo son 80.000. Cada mañana, la muerte se lleva más ejemplares, y lo peor es que están muriendo de hambre.

—¡No puede ser, hay tanta comida en el mar, no pueden morir de hambre!

—Nunca es tanta la comida cuando hay interés de por medio, Diego Herreros. El Playero rojo se alimenta de pequeños crustáceos y de los huevos del cangrejo herradura. Y ese cangrejo debe ser algo delicioso, porque desde que el hombre lo descubrió se están pescando más de ellos, hay una floreciente industria del cangrejo herradura congelado, tantos son pescados y comercializados que los playeros rojos no pueden comerlo y son hoy unas aves en peligro de extinción. Están muriendo de hambre.

—¿Por eso vamos a Bahía Lomas? —preguntó Diego.

—¿Quién dijo qué vamos a Bahía Lomas? No, claro que no; vinimos hasta aquí para que vieras lo que está sucediendo, pero entre los Hombres de las Tierras Prohibidas también hay hombres sabios y buenos y esos hombres están trabajando en el asunto. Bahía Lomas es algo que ustedes llaman Sitio Ramsar, lo que quiere decir que las Naciones Unidas determinaron que es importante para el progreso de la humanidad. Biólogos y ornitólogos vienen aquí para estudiar el problema y aprender cómo salvar a las aves. Pero tú has venido por otro motivo.

—¿Otro? ¡Pero cuál puede ser!

—Hace mucho tiempo, la Patagonia estaba poblada por tribus que amaban la tierra y el mar y todas las criaturas que los pueblan. Respetaban la tierra y cazaban o pescaban sólo lo necesario para sobrevivir. Hablo de tribus que se atrevieron a vivir en la tierra más desolada del mundo. Esta tierra estuvo habitada, entre otros, por los onas, los kawéskar, los yaganes, los alakalufes. Los yaganes, ellos son los que debemos visitar. El gran Amauta nos ha dicho que tuvieron un gran Yekamush, un chamán, un hombre muy sabio que conoció el secreto de la vida de las aves.

—¡Vamos a buscarlo al tiro, Amaru Mayta!

—No tan rápido, Niño de las Tierras Prohibidas, este hombre sabio murió hace mucho tiempo. Es más, casi todos los yaganes de sangre pura murieron. Hoy sobreviven apenas algunos mezclados con el hombre blanco.

—Entonces no podemos hacer nada.

—Bueno, sí. Podemos viajar al pasado y buscarlo en el año de 1875, cuando el Yekamush había vivido tanto que conocía todos los secretos de la Tierra del Fuego y le quedaba poco tiempo de vida por delante.

—¿Y yo por qué tengo que ir? No es que no quiera, estoy feliz de hacer un viaje como ese, pero no entiendo por qué debo ir yo, Amaru Mayta.

—Tu pregunta te responde, Niño de las Tierras Prohibidas. Al hacerte esa pregunta, habla tu corazón y es ese corazón, cargado de buen sentimiento el que necesitamos para acompañarnos. El Gran Magistrado quiere que aprendas de él para que mañana, cuando tú seas un hombre, puedas ser sabio y trabajar por el bien de la Tierra.

Las palabras del capitán llenaron de sano orgullo el corazón de Diego. Le parecía increíble que el Gran Magistrado hubiese pensado en él para una tarea tan importante.

Entretanto, la tripulación se afanaba preparando todo para entrar en el túnel de tiempo. Diego había sido regresado desde el pasado dos veces, desde Warahumán y Quetzaltlán, pero nunca había tenido oportunidad de hacerlo despierto, en forma consciente. Sentimientos extraños lo invadían al pensar que pronto viajaría 137 años atrás en el tiempo. ¡Ni sus abuelos habían nacido todavía!

Finalmente, todos tomaron ubicación en sus puestos y ajustaron los cinturones protectores. Diego aguantaba la respiración a la espera de lo que él creía sería como caer en el espacio.

Y la caída no sería sencilla. Sin previo aviso, la nave comenzó a girar sobre sí misma tan rápidamente que el niño sintió que se mareaba y estaba a punto de desmayarse otra vez. Por minutos que le parecieron eternos, el Carro Dorado de Atahualpa Inca se comportó como un trompo enloquecido. Después, tan violentamente como había empezado, el movimiento cesó y la luz del amanecer se filtró por la escotilla del panel de comando.

—Hemos llega... —comenzó a decir Amaru Mayta mientras se levantaba de su puesto.

Tut tut tut tuttuut.

Una sirena de alarma apagó el sonido de su voz. El capitán se inclinó sobre el panel de instrumentos revisando todo con ojos de pánico.

—¡Pronto, algo está mal, tres grados a babor, tres grados a babor...! —Amaru Mayta gritaba, pero la sirena apenas dejaba entender sus palabras.

Un fuerte y estruendoso golpe hizo tambalear la nave. El Carro de Atahualpa se inclinó violentamente hacia adelante y mientras colgaba sobre el arnés protector Diego vio que estaban suspendidos sobre un mar violentamente azul y que el agua se acercaba hacia la ventana vertiginosamente. ¡El platillo volador caía al mar!

Como si estuviera frente a un televisor, Diego pudo ver claramente una ballena que se alejaba hacia el sur escupiendo agua por el espiráculo. Diego entendía que la ballena no podía ser la causa de que la nave se escorara y cayera hacia el mar, pero su extraña aparición parecía estar relacionada con lo que estaba sucediendo.

Todo sucedió tan rápidamente que las maniobras de la tripulación fueron inútiles; embargado por el pánico, Diego vio cómo el mar se agigantaba en la ventanilla, vio las aguas rizadas, la espuma que saltaba hacia ellos y supo que nada podría detener lo que estaba por venir.

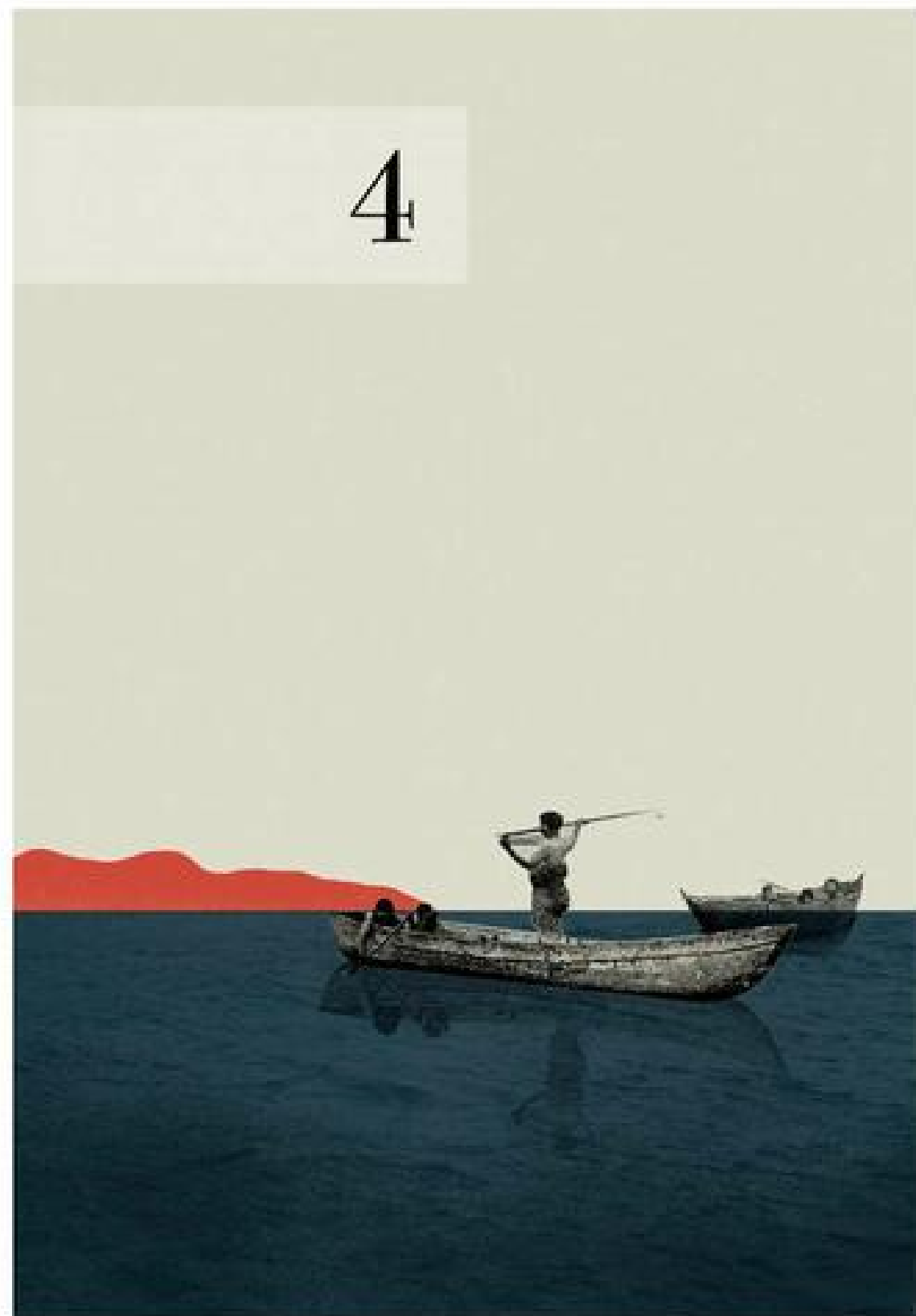
El platillo volador se introdujo en el mar levantando una enorme masa de agua. Aterrado, Diego pensó que iban a morir todos, incluso él, ahogados a bordo del Carro Dorado de Atahualpa Inca, pero la tripulación estaba recuperando el control y el platillo volador se detuvo, dejó de hundirse en el mar y comenzó a subir lentamente hacia la superficie.

Cuando finalmente emergieron, los primeros rayos de luz besaban la superficie del mar. El agua chorreaba por la cubierta nublando la visión de la escotilla. Ahora la nave, ya estabilizada, flotaba balanceándose sobre el azul del Pacífico.

Y allí, justo frente a ellos, vieron un barco ballenero con todas las velas al viento. De pie, detrás del cañón de proa, un marinero contemplaba asombrado esa monstruosa nave voladora que se había materializado en el aire en el preciso momento que el arpón había sido disparado contra el cetáceo, presa que se dio por perdida.

¡El platillo volador acababa de ser golpeado por un arpón!

4



4 Explorando la Tierra de los Fuegos

Luchando contra un mar agitado, el platillo navegó hacia la costa sin dificultades. Hacía un par de horas que el ballenero había desaparecido a todo lo que daban sus velas, no sin antes disparar un segundo cañonazo hacia el Carro Dorado. Por fortuna, cuando el artillero disparó el cañón, Amaru Mayta había desplegado el campo gravitacional que los protegía. El proyectil rebotó para luego caer al mar girando sobre sí mismo. La tripulación del ballenero no se molestó en recoger el arpón, tan sólo cortó el cable y emprendió la fuga.

Se desplazaban hacia el sur en busca de un lugar tranquilo donde fondear. Lo cierto es que esta era la primera vez que la nave se veía en esta situación y ni los ingenieros ni el capitán estaban seguros de cómo debían proceder.

Finalmente, encontraron una pequeña cala donde podrían revisar el estado de la nave. El ánimo de la tripulación era sombrío y almorzaron en silencio, preocupados por el batir del agua contra el fuselaje. Comieron de prisa y con pocas ganas, el equipo que haría las reparaciones estaba listo para salir a revisar los daños. Cuando terminaron, los cuatro hombres vistieron traje de buzo y abrieron la escotilla principal, saliendo al exterior. Una ráfaga de aire helado se coló hacia adentro.

—No tenemos tiempo que perder, Diego Herreros. Mientras se repara la nave dejaré al teniente Coya al mando. He preparado un grupo para que nos acompañe en busca del Yekamush. Debes llevar ropa abrigada, Niño de las Tierras Prohibidas, cuando desembarquemos, el viento austral nos golpeará sin piedad. Y debemos partir ya, aquí oscurece temprano y disponemos de poco tiempo para viajar. Tendremos que caminar largas distancias de ida y de regreso.

—¿Dónde estamos?

—Quisiera poder responderte, y hasta hace poco, lo habría hecho de inmediato, pero ahora no tenemos información. El golpe del arpón dañó unos circuitos que desconectaron el panel de control. No estoy seguro, los instrumentos no funcionan bien, pero antes del incidente con el ballenero estábamos llegando a la isla Navarino. Es probable que estemos en un canal frente a la Tierra del Fuego o alguna otra isla; lo cierto es que estamos totalmente desorientados mientras no funcione el panel de instrumentos. Exploraremos el terreno para tener certeza de nuestra posición.

—¿Por qué se llama Tierra del Fuego? —quiso saber Diego.

—Hace mucho tiempo vivió aquí un pueblo llamado ona o selknam, que tenía la costumbre de encender grandes fogatas para combatir el frío austral o anunciar la llegada de embarcaciones. Los primeros navegantes europeos que pasaron por aquí vieron esas llamas desde sus barcos y le dieron ese nombre.

—¿Y qué pasó con los onas? —preguntó Diego.

—Todas estas tribus australes eran pequeñas, no era fácil vivir aquí, piensa en las durísimas condiciones que debían enfrentar. Además, la llegada del hombre blanco fue fatal para ellos, los persiguieron y cazaron como si fueran animales y, al contacto con ellos les transmitieron enfermedades para las que no tenían defensas. Detrás de los navegantes llegaron los misioneros y los nativos se acostumbraron a vivir en torno a las misiones y olvidaron cómo cazar, pescar o recolectar su propio alimento, centenares de ellos murieron por hambre.

¡Qué trágico fin de las tribus patagónicas! Impactado por lo que Amaru Mayta le contaba, Diego no intentó ninguna otra pregunta. Al parecer, el choque de civilizaciones había sido la causa de la extinción de prácticamente todas las tribus

australes y daba hasta pena preguntar por ellas. Mejor se preocuparía del inminente desembarco del que formaría parte.

Hasta último momento Diego estuvo observando la oscura masa de tierra a la que se dirigirían. Las sombras del crepúsculo se dejaban caer cuando subieron al pequeño bote inflable que se bamboleaba como una cáscara de nuez sobre el mar. El viento, que ahora soplabla hacia la costa, arrastraba una niebla amenazadora. Remaban en silencio, con fuerza, pero la corriente les impedía avanzar tanto como hubieran querido. De pronto, uno de los hombres dio un grito ahogado:

—¡Allá, miren, hay una luz encendida en el mar!

—¡Allá hay otra! —exclamó Amaru Mayta.

Asombrado, Diego descubrió que débiles luces aparecían sobre la superficie neblinosa del mar. ¿Qué podía ser lo que se aproximaba? Los hombres remaban con fuerza acercándose a tierra, pero las luces estaban cada vez más cerca.

Apenas el bote tocó tierra los hombres saltaron de él y empezaron a recoger su carga frenéticamente; dos tiraban del bote, otros los descargaban y otros dos los resguardaban con las armas paralizadoras en ristre. Cuando saltaron a tierra, el agua fría como hielo, empapó sus pies y salpicó sus ropas; Diego temblaba de frío y nerviosismo. Jeremy ladraba como loco hacia las olas, lo que no contribuía a tranquilizar la situación. Los incas cargaron el equipaje sobre sus espaldas y comenzaron a replegarse hacia los altos pastizales sacudidos por el viento.

—¡Ven, Jeremy, ven! —llamó el niño, y el perro corrió tras él sin dejar de ladrar.

Entretanto, las luces se aproximaban cada vez más. El mar comenzaba a arrojar su cargamento sobre la orilla y ahora podían ver claramente que se trataba de primitivas canoas. Uno, dos...tres. Diego contó seis botes emergiendo de la niebla, pero otras lucecillas asomaban a lo lejos. De pie, sobre la popa de cada uno de

ellos, iban hombres de largo pelo desgreñado, vestidos con un taparrabos y una capa de cuero que tremolaba al viento como una bandera. Y ahí, sobre el agua tormentosa de los canales, navegaban cuatro, seis, no, ¡ocho! puntos de luz. En medio de esa oscuridad de tinta china Diego no podía verlo, pero cada una de esas luces correspondía a una débil llama protegida del viento y la espuma, encerrada en un pequeño brasero en la parte más seca de una canoa de corteza de guindo. Una luz apenas perceptible, pero lo bastante firme como para revelar a los hombres parados a proa, las mujeres remando enérgicamente y los bultos adormilados de ancianos, niños y perros que se acurrucaban uno junto a otro para transmitir y conservar el calor de sus cuerpos, apenas cubiertos por retazos de piel de lobo marino pintada de rojo y de negro.

—¡Son los yaganes! —gritó Amaru Mayta.

Las quillas de las canoas vararon en la playa. Hombres y mujeres saltaban a tierra. Diego pudo ver que los recién llegados no eran muy altos; sus piernas eran cortas y arqueadas, pero tanto hombres como mujeres eran robustos, anchos de espalda, fornidos y morenos. Vestían una simple capa de piel y un taparrabos e iban descalzos sobre la tierra helada. Algunas mujeres cargaban a los niños de pecho mientras los que podían valerse por sí solos los observaban con curiosidad. Jeremy, el terrier, confraternizó de inmediato con los perros de los viajeros, se husmeaban entre desconfiados y contentos.

—¿De dónde vienen? —preguntó Diego.

—Los yaganes son nómades del mar, viven a bordo de sus botes, pescan, cazan, mariscan, comen allí y rara vez desembarcan. Esta noche han bajado a acampar, seguramente porque se avecina una tormenta, pero ellos siempre están recorriendo los canales. Los hombres arponean las presas y las mujeres, las remeras,

se tiran al mar para recuperarlas.

Los yaganes habían formado un semicírculo enfrentándolos. No parecían molestos por encontrar a estos extraños desconocidos en su territorio. Habían desembarcado los fuegos y algunos se afanaban preparando una buena fogata, seguramente, para asar en ella un par de lobos marinos que habían tirado sobre la arena.

Finalmente, uno de ellos se adelantó y habló en una lengua gutural y extraña.

—Pregunta —tradujo Amaru Mayta —quiénes somos, a qué hemos venido y nos invita a compartir su comida. Su nombre es Wulaia Indschis.

Mayta respondió con lentitud, buscando las palabras más apropiadas para evitar malentendidos con los recién llegados. El capitán llevaba el aparato traductor sobre su oreja derecha, pero Diego sabía que no era fácil usarlo. Uno de los incas le extendió uno, que Diego acomodó en su oído sólo para descubrir que le era casi imposible seguir el ritmo de la conversación, tendría que practicar.

—Venimos de la Tierra más allá de las nubes —decía Amaru Mayta. Hemos venido a ver al gran Yekamush Kaiowala Indschis. Te damos gracias por la comida que compartirás y les ofrecemos también la nuestra.

Las palabras de Amaru Mayta tranquilizaron a los yaganes. Se movían sin prisa, seguros, mostrando su derecho a la tierra que pisaban. En poco rato descargaron las canoas, las aseguraron con piedras mientras, usando conchas de ostión grandes como platos, las mujeres cavaban en la arena para comenzar a levantar humildes rucas con ramas y pieles. La carne estaba puesta en la fogata y el olor dulzón del lobo marino asado hizo recordar al niño que hacía algunas horas que no probaba alimento.

Los yaganes no tenían jefe alguno, pero trabajaban sin necesidad de que nadie les diera órdenes; Diego supo que los recién llegados eran todos miembros de

diferentes familias, algunas tenían relación entre sí y que habían pasado los últimos días pescando y cazando en los canales. A pesar de su desnudez, no parecían tener frío, pero sí una gran curiosidad por la vestimenta de los extraños que acababan de conocer. Palparon sus ropas, se rieron de las botas que calzaban y tocaban sorprendidos el pelo claro de Diego. Los cuatro niños del grupo, felices, devoraban manzanas y peras que la tripulación había traído desde el platillo volador. Lo más probable es que fuera la primera vez que veían esas frutas.

No podía ser de otra manera: la comida fue una pesadilla para Diego. Comer el lobo era algo muy diferente a olerlo mientras se asaba y, como si eso fuera poco, los yaganes insistieron en servirles aceite de lobo marino recién extraído, que a ellos parecía encantarles. Amaru Mayta lo miró como temiendo que Diego fuera a ofenderlos con un vómito, pero lo cierto es que el niño tenía algo de experiencia en comidas indígenas y sorbió el aceite, que olía a pescado podrido, disimulando su asco lo mejor posible.

Más tarde, con el estómago lleno, conversaron en torno al fuego. Los ojos de Diego casi se cerraban de sueño, pero no quería perder ningún detalle de la conversación con los bravos yaganes.

—Yagán significa hombre —explicaba Wulaia Indschis, sentado junto al fuego— y los hombres no sienten frío, somos todo cara. ¿Acaso tú no llevas la cara desnuda?

Sí, pensó Diego, pero eso no quita que sienta como si agujas de hielo pincharan mis mejillas, mientras ustedes chapotean descalzos en el mar. A Diego le habría encantado tener un pasamontañas para no sentir el viento.

Una mujer que le vio tiritando le cubrió con una piel.

—Guanaco —dijo.

La piel era suave y abrigada y el niño se acurrucó debajo de ella tratando de acercarse lo más posible al fuego.

Una ráfaga de viento trajo las primeras gotas de lluvia. Aunque a ellos no parecía importarles estar mojados, protegieron sus braseros, refugiaron a los niños y a las dos criaturas de pecho en las chozas recién montadas. Diego fue con ellos y entendió por qué los yaganes habían cavado la tierra antes de levantar la ruca: de esa manera estaban protegidos de los ramalazos del viento y la piel de guanaco era abrigadora y calientita. El terrier se hizo un ovillo a su lado y se durmió antes que nadie, olía a pescado, lo que no era nada sorprendente pues había comido hartos restos de lobo marino.

Una anciana vino a cuidarles, aunque no parecía ser necesario. Tan negra era la noche y tan fuerte caía la lluvia que los ojos de los niños se fueron cerrando uno tras otro, hasta que sólo se escuchó en la ruca el ronquido de la anciana que también dormía con la espalda afirmada en un hueso de ballena y sostenía un pedazo de asado grasoso y frío en su mano.



5 El ataque de los wolapatuj

Los durmientes de la playa despertaron con una mañana gris y fría. Diego estornudó un par de veces y se retorció bajo la piel de guanaco sintiendo cada uno de sus huesos y músculos, estableciendo que dormir en una ruca, en la Patagonia, no era lo mismo que ir de camping y pasar la noche en un saco de dormir bien acolchado. Haciendo a un lado a Jeremy, que insistía en lamer su cara y echarle encima su terrorífico aliento, asomó la cabeza justo a tiempo para ver a los otros niños que saltaban fuera del *ákar* en busca de comida. Le costó seguirlos; nunca en su vida había pasado tan mala noche y la mejor manera de empezar el día no era precisamente desayunando un pedazo de lobo marino grasiento y frío.

Pero Amaru Mayta había previsto lo que sucedería y lo esperaba con un rico pan calentado en las brasas y una taza de chocolate caliente. Amaru invitó también a los niños yaganes, si bien ellos estaban encantados con el pan se negaron tajantemente a beber eso tan raro y además, caliente. ¿Y si se quemaban? No, ellos preferían un buen trago de aceite de lobo y un muslo de caiquén asado.

—Cuando levantemos el campamento nos embarcaremos otra vez. Los yaganes nos guiarán hasta donde se encuentra el gran Yekamush Kaiowala, dicen que sólo serán tres días de navegación.

¿Sólo tres días? Eso que se lo dijeran a cualquiera que no hubiese navegado en un bote inflable. Diego estrujaba su cabeza tratando de pensar cómo le diría al capitán que preferiría ir caminando.

—Si camináramos nos tomaría una semana —siguió diciendo Amaru Mayta, como si leyera su mente—, ahora, si el bote inflable te parece muy incómodo podrías viajar en una de las canoas.

¡Por supuesto, una canoa hedionda a pescado era lo mejor para cualquiera! Por momentos, Diego estaba arrepentidísimo de haber aceptado esta aventura, aunque pensándolo mejor: ¿cómo se le podría decir que no a unos incas que vienen en un platillo volador, te abducen con perro y todo, te llevan a la punta del cerro, en la Patagonia... porque a su Gran Magistrado se le ocurrió que eres la persona más indicada para la misión que planificó sin siquiera consultarte?

Cada yagán tenía una tarea que cumplir. Unos traían agua fresca, otros preparaban el fondo de la canoa con arena y turba para impedir que el fuego la quemara, otros recogían plantas para tejer sus canastos, desarmaban el *ákar* (canoa), guardaban las pieles o se encargaban de los restos de la comida y, entre tanto, las mujeres, con el agua hasta la cintura, mariscaban cholgas y erizos para comer mientras viajaban. La tarde anterior, Diego no se había dado cuenta, porque estaba un poco oscuro, de que habían tirado al agua unas canastas grandes con pedazos de carne de lobo marino y se sorprendió mucho cuando las recogieron desde un bote y salieron cargadas de grandes centollas. Antes de embarcarse, las mujeres las tiraron sobre el fuego. Serían el bocado más exquisito de los navegantes.

De pronto, un alarido rompió la paz de la caleta; un yagán que había ido por agua venía corriendo desde tierra adentro.

—¡Los wolapatuj, los wolapatuj! —gritaba.

Los yaganes entraron en pánico. Al acercarse, todos vieron, con espanto, que tenía una herida en la pierna y otra gran herida en su pecho, que sangraba en abundancia.

Sus gritos habían puesto en alerta a los yaganes. Echaban los botes al agua, se embarcaban a la carrera entre ladridos de perros y llantos de los niños, sin preocuparse por los utensilios que no habían alcanzado a cargar ni por el herido que

seguía desangrándose sobre la arena. Aún sin saber de qué se trataba, Amaru Mayta, que atendía al herido con cara de preocupación, ordenó embarcar de inmediato y entre dos incas subieron al herido al bote. Diego y Jeremy se acurrucaron a popa y Amaru Mayta empujó sus cabezas hacia el piso del bote.

El herido era un muchacho aún y respiraba entrecortadamente. De seguro había perdido mucha sangre porque su rostro moreno estaba tan pálido que se veía gris.

—Wo-la-pa-tuj —gimió.

Los tripulantes del platillo volador comprendieron algo cuando una veintena de indígenas semi desnudos apareció gritando desde las dunas. Estaban furiosos porque la presa se les había escapado y saltaban sobre la playa amenazantes. Antes de que fuera demasiado tarde para alcanzarles, arrojaron sus lanzas y dispararon sus arcos; una lluvia de flechas se abatió desde el aire sobre las pequeñas canoas. Sin duda alguna, los más asustados eran los tripulantes del platillo volador. ¡Si pinchaban el bote inflable caerían todos al mar y serían capturados y asesinados apenas pisaran tierra!

Pero la suerte estaba de parte de los fugitivos. Remando a toda velocidad, pronto remontaron las grandes olas y se introdujeron en el canal; los atacantes, en tanto, corrían por la costa disparando todavía sobre ellos, pero sus proyectiles estaban fuera de alcance y se perdían en las profundas aguas del Pacífico.

—¡Estamos salvados! —gritó Diego, asomando al fin la cabeza desde el fondo del bote, donde lo había protegido el capitán Mayta.

—Para el muchacho es demasiado tarde —expresó Mayta con rostro sombrío. Su mano derecha se deslizó sobre el rostro del yagán herido y cuando la retiró, Diego vio que le había cerrado los ojos. El muchacho acababa de morir.

Cubrieron sus restos con una lona y continuaron en la estela de las canoas

yaganas. Este era el primer encuentro de Diego con la muerte y el hecho de saber que el muchacho yagán había muerto ciento veintisiete años antes de que él naciera no hacía más fáciles las cosas. El niño quedó muy impresionado y viajó todo el día abrazado de Jeremy. Comieron poco y todo frío, nadie tenía mucho apetito. Los yaganes, por otra parte, no tenían ninguna intención de detenerse; remaron todo el día deteniéndose apenas lo justo para pescar. Los hombres, desde proa, arponeaban grandes peces y las mujeres dejaban los remos para arrojarlos al agua y recogerlos. Continuaban su travesía limpiando y comiendo la pesca. Uno de los botes vino hasta ellos y les entregaron una centolla enorme, asada, que olía deliciosa, y unos trozos de pescado crudo. De alguna manera los incas se las arreglaron para mejorarlos y comerlos, pero Diego se conformó con la centolla, que era lo más rico que había comido en su vida.

Cuando cayeron las sombras de la noche, los remeros incas siguieron las débiles luces de sus fuegos para no extraviarse en el laberinto de canales que se presentaba en todas direcciones, pudiendo desorientar hasta al más experto navegante.

Por primera vez en su corta vida, Diego durmió a bordo de un bote inflable, junto a él, el leal Jeremy, molesto por la presencia tan cercana de la muerte, le gruñía a cualquiera que se acercara demasiado.

A la mañana siguiente, apenas Diego abrió sus ojos quedó deslumbrado. ¡El mar pintado por los primeros rayos de un tímido sol austral, parecía hecho de plata líquida! Maravillado, el niño se acodó en la borda sintiendo la brisa fresca en su cara y devoró un pan de maíz dulce que le encantaba, pues ya lo había probado en Warahuamán. Jeremy, en tanto, seguía dedicado a perfeccionar un aliento de los mil demonios comiendo restos de lobo marino asado.

Cerca del mediodía, las canoas de los yaganes se dirigieron hacia la costa y ellos los siguieron; cuando Diego y sus amigos tocaron tierra los yaganes ya estaban haciendo fuego y Diego vio una tonina de casi dos metros de largo, parte de la cual había sido comida a bordo y ahora se aprestaban a asar el resto. ¡Al menos, esta vez sería pescado a las brasas!

Cuando bajaron el cuerpo del muchacho fallecido todos se conmovieron. Los yaganes lloraban y se lamentaban, una mujer se echó sobre el cadáver llorando con sincera desesperación; era Onashaga le kipa, su madre, llamada así porque había nacido en el lugar del mismo nombre.

Los yaganes prepararon el rito fúnebre, había que proteger los restos del muerto para que tshiloer, el zorro, no los devorara. Por ser carroñero, el yagán nunca comía zorro y lo consideraba funesto.

Diego, todavía impactado por lo sucedido, preguntó a Wulaia:

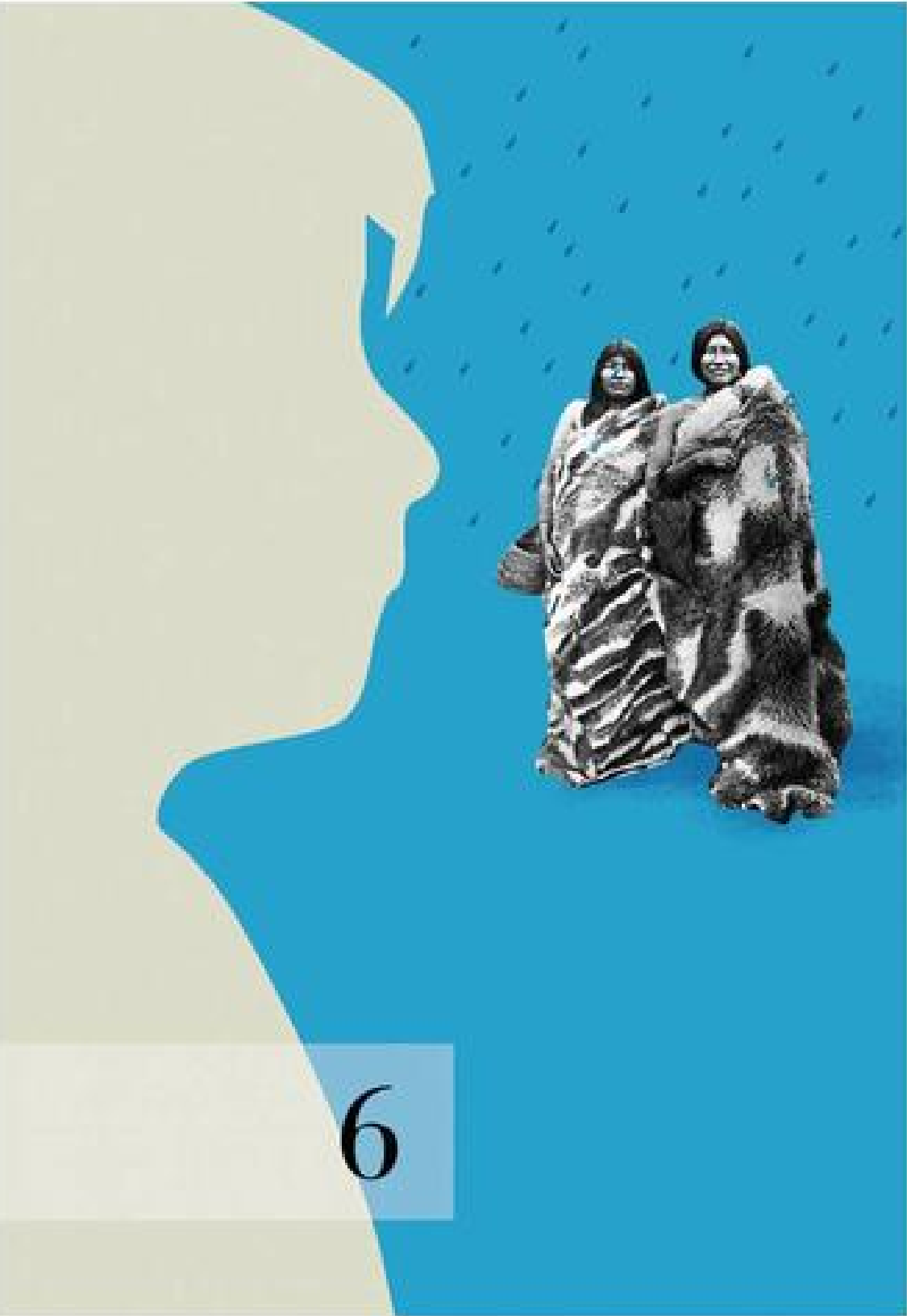
—¿Quiénes eran los *wolapatuj*? ¿Una tribu enemiga?

—Ojalá fuera así —respondió tristemente Wulaia—, pero ellos también son yaganes, hombres de tierra adentro que odian a los hombres del mar.

Todos los duelos yaganes eran diferentes, pero este, el de una madre, era el más duro de todos. Después del funeral, Onashaga le kipa, con su rostro pintado con las líneas blancas del luto, al igual que todos los demás, se marchó sin despedirse y sin dejar de llorar. Debería caminar dos días sin tomar nada de alimento, solamente podía beber agua.

Entre tanto, los demás quemaron todas las pertenencias del muerto: sus pieles de nutria y lobo marino, su lanza de madera de michay, el *anwa* de plumas blancas que usara en el *chiéjaus*, sus collares de hueso de ave y su canoa. Ahora que el muchacho había muerto nadie volvería a nombrarlo y tan sólo por esa razón Diego

nunca sabría el nombre de aquel chico moreno, apenas vestido con unos cueros de lobo, que había muerto a unos palmos de donde él se encontraba, dejando en el fondo del bote inflable como triste testimonio, una mancha seca de sangre parduzca.



6 Diego se convierte en un nómada del mar

Poco después de que Onashaga le kipa se marchara, los miembros restantes cargaron todos sus bártulos en las canoas y se prepararon para volver a los canales. A Diego le asombraba que los yaganes chapotearan todo el rato en el agua y fueran capaces de caminar descalzos sobre la tierra helada. Diego estaba muriendo de frío aún envuelto en el traje térmico que le proporcionaran los tripulantes del platillo volador, cómodo y liviano, que además le permitía soportar las agujetas de hielo que el viento clavara en su cara. Uno de los niños yaganes, que parecía ser de su misma edad, se acercó a tocarlo tan sorprendido como él por esta extraña piel que usaba el niño de más allá del mar.

—¿Tienes frío? —le preguntó Diego dispuesto a sacarse uno de sus chalecos para regalárselo.

—¿Frío? No, pensaba en cómo puedes caminar con todo ese peso encima —respondió el niño— Iluikish Indschis no puede remar con todo eso.

—¿A dónde iremos ahora? —preguntó Diego.

—¿Ves esas nubes? Vamos hacia allá, a buscar al gran Kaiowala, pero antes de que lleguemos a su *ákar* la lluvia llegará a nosotros —dijo Iluikish.

—¿Es muy lejos? ¿Cómo sabes que lloverá?

—No, sólo tres días, pero nosotros yaganes estamos acostumbrados; vivimos a bordo de nuestros botes, pescamos, cazamos, comemos, cantamos. ¿Qué son tres días cuando todos tus días se viven en el mar? El mar es nuestro amigo, nos alimenta, nos cuida y nos lleva a todos los lugares que queremos —le decía el niño yagán emocionado— y, si ves esa línea oscura allá al final del horizonte sabrás que es la tormenta que se viene acercando.

—Debe ser magnífico vivir navegando —reflexionó Diego.

—¿Por qué no vienes en el bote de mi padre, Niño de las Tierras Lejanas? —preguntó su nuevo amigo—. Así sabrías cómo es ser yagán.

—¡Excelente idea! —exclamó alguien a espaldas de Diego. El niño se volvió para ver que Amaru Mayta, como él temía, había escuchado la conversación. Y lo peor de todo era que al Gran Capitán, la invitación de Iluikish, además de estupenda, le parecía imposible de rechazar. Estaba entusiasmado, agradeció al niño yagán, felicitó a Diego y llamó a gritos a los demás yaganes.

—¡Vengan, Iluikish ha invitado a Diego para que naveguen juntos hasta que lleguemos al *ákar* del Yekamush Kaiowala!

Y de pronto, Diego estaba siendo palmoteado por todos, incas y yaganes, que lo felicitaban y le aseguraban que su vida nunca volvería a ser la misma ahora que había tomado la decisión de vivir como un yagán. ¡El pobre Diego estaba desesperado! ¿Cómo enfrentaría los próximos tres días? Rechazar la invitación era imposible, ofendería a su nuevo amigo, a su padre, a su madre, en fin, echaría todo a perder. Quizás ni sería recibido por el Yekamush, echando por tierra todas las expectativas del Gran Magistrado.

Y sus temores eran lógicos; por mucho que Diego no fuera el mismo niño cargante que metía lagartijas en el escritorio de sus profesores, no estaba preparado para una vida tan dura y exigente como la de los nómades del mar.

Pero las cosas se fueron desarrollando de tal manera que en un santiamén se armó su equipaje y, junto a una buena cantidad de víveres, lo cargó en el bote del padre de Iluikish. Pronto estuvieron listos para zarpar, Wulaia Indschis, el padre del niño, le explicó que los vientos que empezaban a rizar la caleta eran sumamente favorables y que debía despedirse de los remeros incas.

Amaru Mayta fue el último en decirle adiós. Estaba serio y algo preocupado, como si recién hubiera pensado que quizás había cometido un error.

—No temas, Diego Herreros, Niño de las Tierras Prohibidas —comenzó diciendo—, nosotros iremos muy cerca de tu bote, verás que estos tres días pasan volando.

Diego tenía muy clara una cosa: si Amaru Mayta le había llamado por todos sus nombres a la vez era porque estaba realmente asustado. En esas situaciones, siempre se ponía grandilocuente. El niño tuvo entonces una idea: ¡le devolvería de igual manera!

—No te preocupes, Amaru Mayta, gran capitán del Carro Dorado de Atahualpa Inca; dejaré muy alto el nombre Herreros y, pase lo que pase, tomo este viaje como un honor inmerecido.

¡La cara asombrada de Amaru Mayta fue su mejor respuesta! Tanta seriedad de parte de Diego lo dejó sin palabras, y ya embarcado, Diego se despidió de él saludando con la mano. En la playa, el viento sacudía las plumas multicolores del tocado de Amaru, unas contra otras chasqueaban al ritmo del arrepentimiento. Sí, pensó Diego, es mejor que se sienta culpable, después de todo no era él quien pasaría tres días en un bote de corteza, hediondo a pescado.

Wulaia empujó el bote al agua y saltó adentro apenas remontó la primera ola. Su compañera remaba con tanta energía que en pocos segundos dejó atrás las últimas olas. Ahora todos los botes enfilaban hacia el sur. En el bote de Wulaia, cada uno tenía su tarea. La madre remaba, él, de pie en la proa, oteaba el mar en busca de presas. En el centro, sobre una capa de arena, borboteaba el fuego. El niño pequeño dormitaba sobre un cuero de lobo, la hermanita de Iluikish jugaba con unos caracoles y la abuela tejía un canasto con sus manos sarmentosas. Diego Herreros

se acomodó junto a su amigo y sacó unas frutas secas de su bolsillo.

—¿Quieres? —ofreció resignado.

7



7 La cacería de los lobos marinos

Hasta esa tarde que zarpó en el bote de Wulaia, Diego sólo había visto los canales patagónicos en los mapas. ¡Jamás habría imaginado lo enormes que podían verse cuando se viajaba en una canoa hecha de corteza! A babor y estribor sólo podía ver agua gris y oscura ahora que el cielo estaba cubierto de nubes que amenazaban lluvia. Así pues, Iluikish tenía razón. Lejos, muy lejos, una línea oscura le recordaba que allí había tierra firme.

Bandadas de aves marinas cruzaban volando y graznando sobre sus cabezas, zambulléndose sobre algún cardumen de peces desprevenido y reapareciendo con una presa en el pico. Diego pensó que quizás se tratara de los playeros rojos, aunque no lo sabía con certeza. Todas esas aves le parecían iguales, unas más grandes que otras, como gaviotas. Repentinamente, algunas toninas saltaron a una veintena de metros de la embarcación, pero los yaganes, en vez de asustarse, como le ocurría a él, torcieron rumbo hacia ellos.

Esta vez, los delfines no estaban dispuestos a dejarse atrapar. Velozmente, se perdieron en el mar. Los yaganes regresaron sobre su ruta y, poco a poco, comenzaron a aproximarse a tierra. Al poco rato, como una giba monstruosa, el contorno de una isla apareció ante sus ojos.

—Allá hay lobos marinos —explicó Iluikish.

—¿Los vamos a ver? —preguntó Diego un poco asustado. Él había visto lobos y le habían parecido enormes, de ningún modo quería estar cerca de ellos y menos sentado en una canoa que flotaba y saltaba sobre las olas como si fuera un corcho.

—¿Ver? ¡Wulaia quiere comer lobo fresco, los chiquitos son los más ricos!

—Iluikish estaba feliz de sólo pensar en lobito asado. Se veía bebiendo aceite tibio,

fresquito, de ese que quitaba todo el frío y hacía grandes y fuertes a los yaganes.

Al poco rato, tenían la lobera a la vista. Miles de lobos marinos echados sobre las rocas negras de la orilla, bramando y ladrando al unísono. ¡Un increíble bullicio!

Los botes cruzaron frente a la lobera, pero siguieron remando y fueron hacia tierra. Apenas llegaron a la orilla saltaron de los botes, los arrastraron hacia la arena y los amarraron con cuerdas de tripa para que la marea no se los llevara. Las ancianas se quedaron a cargo y empezaron a hacer fuego antes de que los hombres desaparecieran entre las rocas. ¡Llegarían a los lobos desde atrás! Varias de las mujeres los siguieron a corta distancia.

Los niños más grandes, Diego entre ellos, iban a la retaguardia. La caminata no fue muy larga y pronto el guía se detuvo y les hizo señas de que se agacharan. El resto del recorrido lo hicieron arrastrándose hasta que tuvieron la lobera a la vista.

¡Estaban tan cerca que Diego no podía creer que no se hubieran dado cuenta de su presencia! Luego notó que los hombres olfateaban el aire. ¡Claro, estaban contra el viento, de esa manera, los lobos marinos no podían percibirlos!

El grito de un pájaro dio la señal de alarma, pero no se trataba de aves, quien había proferido la alarma era un yagán. Como si fueran uno, se abalanzaron hacia la manada. Los enormes lobos entraron en pánico, la masa se movía hacia el mar reptando con asombrosa ligereza sobre sus barrigas. Las hembras berreaban llamando a sus crías y los machos huían atropellando a cualquiera que estuviera en su camino. El espectáculo era una verdadera pesadilla, los animales aterrorizados, los yaganes aullando mientras disparaban sus flechas y arcos y trataban de no ser arrollados por los gigantes marinos. Todo pasó tan rápido que cuando terminó era como si allí no hubiesen estado jamás miles de lobos marinos. Las rocas estaban

desiertas, o eso parecía a primera vista pues, aunque Diego no tuvo tiempo de darse cuenta, los yaganes habían alanceado algunos lobos jóvenes. Además, cuando la manada desapareció en las aguas, una veintena de crías había quedado tendida sobre las rocas. Algunos, todavía vivos, llamaban a sus madres, pero la mayor parte había sido asfixiada por la estampida. Finalmente, los remataron para que no escaparan.

Mientras iban por las rocas recogiendo las presas y echándoselas al hombro para emprender el camino de regreso, saltaban de alegría. ¡Qué buena caza, habría buena comida para mucho tiempo!

Cargaron las presas que pudieron y regresaron al campamento. Al final del grupo iban los niños, que arrastraban a los lobitos más pequeños. Algunos eran tan chicos que a Diego le dio mucha pena, tan bonitos que eran y seguramente estaban felices y tranquilos hasta que los yaganes tuvieron la idea de buscar comida.

Todo había sido tan salvaje que Diego habría preferido ni verlo, pero entendía perfectamente que la supervivencia de los yaganes dependía de cacerías como esa. Tenían que hacer el fuego con pirita, emboscar, cazar, descuerar o desplumar su propia comida. Para eso fabricaban sus propias armas y trampas. Y por el momento, todos, Diego incluido, tenían trabajo que hacer: descuerar animales, lavar la carne en el mar para que quedara saladita y sabrosa, cuidar el fuego que chisporroteaba alegremente cuando el aceite de la carne goteaba, etc. Los más viejos, en tanto, rascaban y estaqueaban los cueros para que se fueran curtiendo.

Más tarde, cuando comían lobo asado, Iluikish le contó a Diego cómo atrapaban los guanacos.

—Cuando los amara (guanacos) llegan cerca del mar, los hombres les hacen una encerrona y los hacen correr en estampida, y como no tienen por dónde escapar,

siempre hay uno o dos que se meten al mar y ahí es fácil matarlos con flechas y lanzas. Es rico el guanaco, pero es mejor la piel para hacer mantas.

Hasta ahora Diego sólo los había divisado desde lejos. ¡Los guanacos tenían bien claro que los yaganes eran peligrosos y ni pensaban en aproximarse! Eran unos hermosos animales y se veían amistosos, aunque Iluikish dijera que podían matar a un hombre con sus patadas.

Y a todo esto: ¿qué había pasado con los incas? El bote inflable no se veía por ninguna parte y los yaganes no sabían qué rumbo podía haber tomado. Wulaia Indschis lo tranquilizó dándole unos golpes en la espalda.

—No te preocupes, Diego, ya vendrán tus amigos.

Pero más tarde, cuando una de las mujeres lo vio mirando el horizonte con expresión preocupada y le dijo que ella lo quería adoptar como hijo, Diego comenzó a perder la confianza. ¿Y si les había pasado algo, si el bote había sido hundido por una ballena o se habían perdido por los canales? ¿Qué haría él si no regresaban, se quedaría para siempre como miembro del clan?

No podía quitar los ojos del mar. Wulaia le había explicado que eran muchos los canales y que por algunos el camino era más largo, y Diego esperaba que el bote inflable asomara por cualquiera de ellos y en cualquier momento.

Pero cuando lo llamaron para embarcar otra vez no había señales de Amaru Mayta y sus guerreros. Seguramente, había pasado mucho rato oteando el horizonte, todo el tiempo que habían necesitado para carnear los lobos, asar la carne, extraer el aceite, comer, recoger todo y cargar los botes, por lo menos un par de horas. Hasta Iluikish se había aburrido de esperarlo y se había ido a jugar con los otros niños.

Diego embarcó con sombríos pensamientos. Si no vuelven, pensaba, si no

vuelven...

Si no vuelven... las cosas serían muy diferentes: Diego tendría que despedirse para siempre de sus padres, sus abuelos, de los tíos Murray, de su colegio, su tablet y las pizzas que tanto le gustaban. Al menos, Jeremy estaría con él, qué suerte contar siempre con su compañía. El terrier parecía entender lo que estaba pensando, se acurrucó a su lado y le lamió las manos como diciendo: "no te preocupes, amigo, todo va a salir bien". No era ningún consuelo para Diego, a Jeremy le encantaba la vida de los yaganes; campo abierto para correr cuanto quisiera, mar donde zambullirse, carne, carne y más carne. ¡Esa sí que era vida para un terrier!

Diego lo abrazó y se quedaron dormidos con el vaivén del bote, el que con un suave susurro cortaba el agua con la proa. La noche había caído y al poco rato todos en la pequeña embarcación dormían también. La abuela y Jeremy roncaban bulliciosamente; sólo la madre continuaba despierta, remando con fuerza en dirección a su destino: el ákar del Yekamush Kaiowala.



8 El regreso de Onashga le kipa

El segundo día de su viaje por los canales, Diego despertó como todo yagán que se respete: muerto de hambre. La vida marina le abre el apetito a cualquiera, incluso a un niño mañoso, y su barriga se lo hacía saber por medio de unos tímidos gruñidos. Lo mejor de todo era que los botes se estaban dirigiendo a tierra. Ahora remaban Iluikish y su madre, Wulaia era el encargado de los ronquidos, que lo asemejaban a un lobo marino, tendido allí, panza arriba, tapado por un cuero que todavía tenía manchas de sangre fresca de la cacería del día anterior.

La tierra firme estaba cada vez más cerca. Los botes maniobraron entre los escollos hasta que apareció ante ellos una caleta diminuta, tranquila como un espejo, sin embargo, solamente un bote se acercó a la orilla, mientras los otros se quedaban aguardando en el canal.

Los minutos pasaban sin que Diego se explicara qué estaba sucediendo hasta que un grito proveniente desde la playa les advirtió que algo pasaba.

A lo lejos, una pequeña figura se acercaba a buen paso. Por la distancia, era imposible saber de quién se trataba.

—¿Será un *wolapatuj*? —le preguntó a Iluikish en voz muy baja.

—No —susurró su amigo—, los *wolapatuj* son gente de tierra adentro, que odia a los yaganes. Es Onashaga le kipa.

Efectivamente, pronto Onashaga estuvo con ellos para que pudieran reconocerla. Todos se veían contentos de que regresara aunque cuando el bote en que venía se les unió pudieron ver que estaba muy delgada a causa del ayuno extremo al que se había sometido y la larga caminata.

—¿Tendrá mucha pena por...? —comenzó a preguntar Diego, pero Iluikish le

indicó silencio con un dedo sobre su boca. Entonces Diego recordó que el hijo de Onashaga nunca más debería ser nombrado, nunca más podrían regresar al lugar donde había sido sepultado, que hasta su recuerdo, en lo posible, sería borrado de sus mentes. Ahora era un *curspic*, un espíritu, y los espíritus podían quedar enrabiados, lo que era peligroso para los que le sobrevivían. Por suerte —pensó—, él no había alcanzado a saber su nombre, o podría haber provocado un grave problema.

A pesar del tiempo que habían esperado todavía no tenían noticias del bote de Amaru Mayta, los incas se habían esfumado totalmente. Diego no dejaba de mirar hacia atrás con la esperanza de verlos aparecer, y otra noche cayó sobre los yaganes, quienes siguieron la navegación. Este era el segundo día de navegación, si no estaba equivocado, mañana, cuando despuntara el tercer día, llegarían al *dkar* de Kaiowala.

Sin embargo, Diego no imaginaba lo larga que habría de ser esa noche.

Lo despertó el bamboleo de la pequeña embarcación que se equilibraba apenas en la masa negra y agitada del mar; el aullido del viento le hizo comprender que estaban en problemas. *Aliucak*, la lluvia, había comenzado a caer y los yaganes se protegían de ella usando los cueros de lobo como paraguas, no obstante, era imposible no estar empapado, el agua entraba por todos lados, si no caía del cielo entraba por los lados, cegándolos y ahogándolos. La madre aferraba firmemente a la pequeña para que un bandazo de la canoa no fuera a arrojarla fuera. Usando unas enormes caparzones de loco y centolla, Iluikish y Diego sacaban el agua que se acumulaba en el fondo del bote.

La oscuridad de la noche le impedía ver las caras de sus amigos, lo que no era malo, porque sus expresiones temerosas habrían empeorado mucho más la situación, pero de vez en cuando el chasquido eléctrico de un rayo iluminaba la escena

exhibiendo sus rostros aterrados. En tanto la luz se apagaba, el estruendo del trueno remecía todo y les ensordecía.

La tormenta había separado los botes y así como había apagado el fuego de Wulaia Indschis, seguramente habría ahogado los otros. Era imposible divisar una chispa de luz en la espesa masa de agua que caía del cielo.

Toda la noche, Wulaia y su mujer lucharon contra la tormenta, tratando de mantenerse alejados de los roqueríos que podían destrozar la frágil embarcación como una caja de fósforos. Finalmente, agotados, ellos mismos se rindieron al agotamiento y se derrumbaron junto a su familia. Diego y Jeremy eran parte de la familia de Wulaia esa noche terrible y se agazaparon junto a ellos aterrados y aterridos de frío.

La canoa se balanceaba suavemente sobre las aguas cuando los primeros rayos de sol despertaron a Wulaia. La familia se fue incorporando, haciendo a un lado los cueros de lobo recibieron lentamente la mañana.

Y allí, cruzando el cielo hasta perderse en el horizonte, el gran Watauinewa, Padre de la Tierra, el Cielo y todo lo que habita entre ellos, desplegaba un bello arco iris. Habían sobrevivido y era hora de agradecer a Watauinewa, el Creador. Los yaganes entonaron su canto mientras tomaban rumbo a la Tierra del Fuego. Lentamente, los botes fueron reuniéndose y saludándose alegremente. La tormenta había pasado y ellos seguían vivos, con frío y muchas ganas de comer, pero vivos.

Cuidadosamente, Wulaia hizo fuego golpeando trozos de pirita de hierro. Surgieron débiles chispas y un tenue hilo de humo comenzó a salir desde el montón de hierba seca que el padre de Iluikish salpicó con unas gotas de aceite de lobo como combustible.

De inmediato, una llamita azulada bailoteó en el fondo de la canoa. Wulaia la

alimentó con más hierba y el fuego cobró fuerza. En cosa de minutos el brasero llameaba alegremente; Wulaia se frotó las manos, contento por el grato calor que emanaba, todos rieron felices; la familia tenía fuego otra vez.



9 Kaiowala el sabio Yekamush

Era un maltrecho grupo de canoas el que esa mañana llegó hasta la isla Navarino. Casi todas ellas se mantenían a flote porque las mujeres achicaban el agua usando enormes conchas de mariscos, pero todas, salvo la de Wulaia, habían perdido sus fuegos. La gente que se encontraba esperando junto al *ákar* del Yekamush Kaiowala vino corriendo a verlos, saludando con la mano y dando alegres gritos de bienvenida y no paraban de hacer observaciones sobre el estado de las canoas, lo mojado que estaba todo, empezando por ellos mismos.

—Te atrapó la gran tormenta, Wulaia Indschis —dijo un hombre.

—El *curspic* quiso hundir nuestros botes, pero pudimos engañarle —respondió este.

—Hemos venido a ver al gran Kaiowala —dijo otro de los recién llegados.

Diego no era el único interesado. Había un niño enfermo, que necesitaba ser atendido, Onashaga le kipa quería que le limpiaran los espíritus malignos que la muerte pudiera haber dejado en ella y dos ancianas adoloridas querían medicamento para sus articulaciones.

La fila para ver a Yekamush era larga y algunos llevaban un día entero esperando, es que la fama de Kaiowala había llegado tan lejos como el hombre podía imaginar.

—Tienes jóvenes en tu gente —comentó uno de los recién llegados—, mientras esperan a Kaiowala, ellos pueden hacerse hombres y mujeres. Está construida la casa de *chiéjaus*.

Los adultos reaccionaron con entusiasmo, pero los niños no parecían saber de qué se hablaba. ¿*Chiéjaus*? Diego moría de curiosidad por saber de qué se trataba.

Estaban todos conversando y compartiendo regalos —plumas, trozos de pirita

para hacer fuego, cueros de nutria, peces y collares de conchas— en la playa, cuando un murmullo de asombro recorrió el gentío: ¡El gran Kaiowala había abandonado su *ákar* y se aproximaba hacia ellos!

El anciano era más alto que el común de los yaganes y su delgadez hacía pensar que al primer ramalazo de viento saldría volando. Iba envuelto en una gran capa de lobo marino, que cubría su cuerpo semidesnudo, y tenía la cabeza cubierta por el *arwa* de plumas blancas más grande que Diego hubiera visto hasta ahora.

Kaiowala Indschis llegó afirmando la mano derecha en una vara de michay y la izquierda en el hombro de una mujer. Se detuvo en medio del grupo y recibió los saludos respetuosos de su gente.

—Watawineia te de salud, *dabi* (padre) —decían los recién llegados.

—Hemos venido a verte, Kaiowala Indschis, el sabio.

Kaiowala respondía asintiendo con la cabeza mientras buscaba entre los recién llegados, finalmente dio con lo que buscaba y fue directo hacia Diego.

—Tú eres el niño que viene de las tierras donde se pone el sol —dijo.

Diego no estaba tan seguro de que eso fuera efectivo, pero saludó respetuosamente.

—Saludos, gran Kaiowala, el Gran Magistrado me ha ordenado que viniera a verte para aprender de tu sabiduría —respondió Diego, dejando ver que podía expresarse sin problemas como un buen yagán.

—Hace cinco soles que apareciste en mis sueños, por eso te estaba esperando —expresó el Yekamush.

Para sorpresa de todos, el sabio Yekamush invitó al niño extranjero a su *ákar*, fueron muy lentamente, para no dejar atrás al anciano. Ya en el *ákar*, una mujer le sirvió trozos de centolla asada, cholgas ahumadas y unas pequeñas frutas de color

rojo oscuro.

—Has podido llegar a tiempo, Diego —dijo el Yekamush—, pocos días nos quedan.

—Tengo que esperar a mis amigos antes de volver a casa —respondió Diego sin saber lo que su anfitrión quería decir con esas palabras.

—Muy poco tiempo nos queda —repitió el Yekamush—, el hombre, que como tú, viene desde la tierra donde se pone el sol, trae la muerte en sus grandes *ánan* (bote); pronto yagán comenzará a morir, caerán por decenas en tan poco tiempo que ni siquiera alcanzará a llorar sus muertos. Kaiowala lo ha visto en sus sueños.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Diego asustado, comenzando a entender lo que Kaiowala estaba diciendo.

—Cuando Kaiowala era joven, hace mucho tiempo, el hombre blanco del *ánan* con velas blancas como nubes vino hasta acá, tiró un gancho de hierro en el mar y se quedó en la bahía. Mientras unos hombres blancos cazaban animales e insectos, otros pescaban, dejaron un bote de buena madera en la playa. Cuando vieron el bote, hombres kawéskar fueron hasta él y se lo llevaron para salir a pescar, entonces, el jefe blanco montó en furia y capturó a tres kawéskar y se los llevó al *ánan* grande de dónde nunca volvieron. Unos días después, el jefe blanco fue a buscar a los yaganes para mostrar muchas cosas hermosas. Yaganes querían todo y antes de irse el jefe blanco cambió un joven yagán por una piedra brillante como esa que tú tienes en el pecho.

Diego se miró el pecho tratando de encontrar la piedra brillante de la que hablaba el Yekamush. Desconcertado, tocó uno de los botones de su chaleco que asomaba bajo el cuello.

—¿Por esto? —preguntó Diego asombrado— ¿Cambiaron un yagán por un botón?

—*Button*, así mismo lo llamaron ellos, Dijeron que el yagán se llamaría Jemmy

Button y se lo llevaron a su *ánan*. Era una piedra mucho más hermosa, grande y brillante —respondió el Yekamush. Después, el *dabi* (padre) del yagán que se fue, lo llevaba colgando del cuello, decía que era un amuleto poderoso y le había salvado la vida dos veces.

¡Diego no podía creer lo que estaba escuchando! Su propio padre había vendido al pobre muchacho por un botón y creía que era mágico y le protegía.

—Pero después que el gran *ánan* del hombre blanco se marchó, la desdicha se ensañó con yaganes. Tres *kipas* (mujeres) tosieron sus pulmones y murieron en dos lunas y luego murieron dos de sus hijos. El hombre blanco navegaba repartiendo la muerte en su *ánan* maldito. Kaiowala Indschis lo vio: muchos hombres blancos vinieron con sus palos de fuego, construyeron un *ákar* de piedra para su dios y enseñaron a yagán a usar ropa como la tuya, a comer comida como la tuya, no más lobo, no más aceite, no más ballena ni guanaco.

El Yekamush se detuvo para respirar, bebió un sorbo de aceite de lobo marino y continuó relatando el pasado.

—Kaiowala lo vio: al poco tiempo yagán estaba débil como un cachorro de lobo marino abandonado, empezó a toser y tosió hasta que se ponía flaco como espíritu maligno y moría igual como le había pasado a las mujeres. Otras veces, se les pintaba la cara con puntos rojos. ¿Dónde se ha visto que aparezcan puntos rojos en la cara? Yagán pinta líneas y puntos blancos. Los que vi eran puntos malos, y no se borraban. Yagán moría tosiendo hasta botar sangre de los pulmones. Kaiowala sabe que antes de que tú hayas abierto los ojos, el pueblo yagán habrá partido para siempre. El gran Watawineia ha hablado a Kaiowala en los sueños más tristes de su vida.

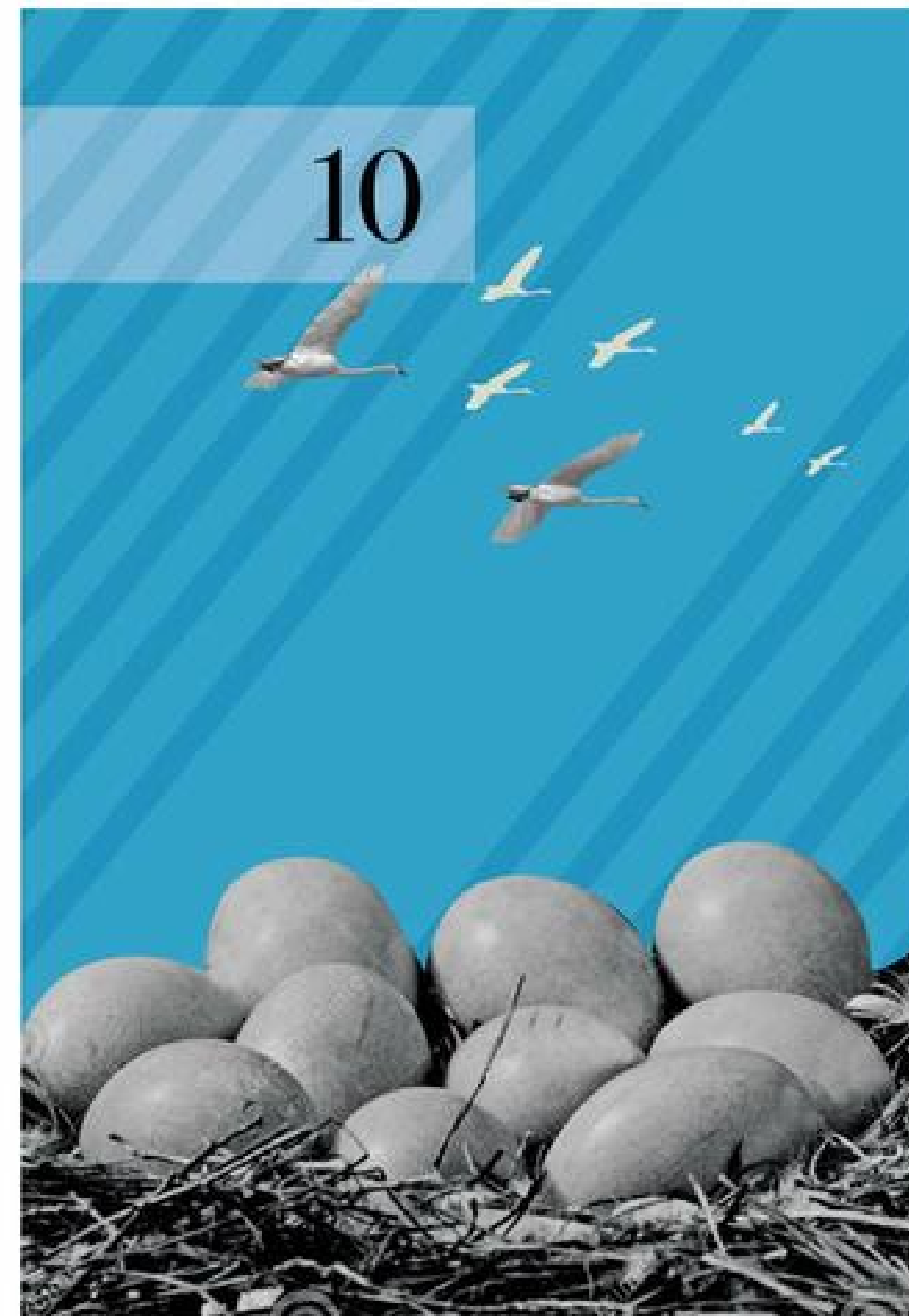
—¿No podemos hacer algo para detener esto? —preguntó Diego, sufriendo por el

triste destino de sus amigos.

—No, el destino de yagán es la muerte. Pero los hombres del *ánan* grande no están conformes con eso. Kaiowala ha visto en las nubes que Watauinewa escribe en el cielo que también las aves morirán por miles, que muchos *ánan* vendrán a cazar ballenas y toninas hasta que queden tan pocas que el mar llorará su soledad. La tierra, el aire, el mar, todos quedarán desolados cuando yagán muera y el hombre blanco se haga dueño de nuestras tierras. Kaiowala vio también que tú venías y Watauinewa le dijo que debía hablarte de yagán para que no seamos olvidados.

Las profecías terribles de Kaiowala hicieron enmudecer a Diego. Él sabía que el Yekamush tenía razón. Diego había visto programas muy buenos sobre la caza de ballena en los mares australes y sabía también que nadie había podido detenerla, también estaba lo que Amaru Mayta le había contado sobre las aves. Repentinamente, una pena chiquita, que Diego ignoraba que yacía oculta en el fondo de su corazón, comenzó a crecer y a crecer. Quizás mañana, cuando él fuera un anciano, como el Yekamush, los niños ni siquiera sabrían lo que era una ballena, una centolla, una tonina, un guanaco, un caiquén. ¿Y el playero rojo, podría el playero rojo sobrevivir hasta que Diego se hiciera adulto?

Tan grande se hizo la pena de Diego que sin poder evitarlo, comenzó a llorar. Y para su sorpresa, Kaiowala, el sabio Yekamush, lloró con él. El niño y el anciano se quedaron allí, uno frente al otro, viendo como las lágrimas bajaban por sus mejillas, por esa tierra maravillosa, llena de vida salvaje, hombres y mujeres fuertes y valientes, que conocerían la muerte a causa de la incontenible marea de la codicia humana.



Cuando Diego se marchó del *ákar* del Yekamush lo hizo con un peso en el corazón. Llevaba sólo tres días con sus amigos yaganes, pero ellos eran parte de él, una parte viva, amigable y generosa. Lo atendían como a un hijo y él sentía que era parte de su familia. Antes, cuando Amaru Mayta le contó que los yaganes estarían prácticamente extintos cuando él naciera, no le había dado importancia. No los conocía, no eran más que dibujos o fotografías viejas en blanco y negro, una nota en internet o una página en el libro de historia de su abuelo. Ahora tenía sus rostros, sus nombres, la mano que le acercaba un muslo de caiquén dorado, la mujer que le pasaba la centolla asada que tanto le gustaba, Iluikish corriendo a su lado por la playa con Jeremy a la cabeza.

—¡Diego, Diego, ven con nosotros!

Iluikish lo llamaba haciendo grandes señas. Estaba listo para dar una caminata con otros dos niños. Diego fue hacia ellos sin despertar a Jeremy que roncaba junto al fuego, satisfecho con la panzada de tonina asada del almuerzo.

—¿A dónde van? —preguntó.

—Mi *maku* (madre) me ha dicho: “ve y trae muchos huevos para llevar en el *ánan* y cuando *maku* habla, nadie dice no. Ven con nosotros, te gustará buscar *hach* (huevo), son ricos crudos y cocidos, comeremos hasta llenarnos la panza.

Diego no estaba muy seguro de lo fantástico que podía ser llenarse la panza de huevos, menos aún crudos, pero la idea de salir de correrías con su amigo le encantó. Salieron corriendo y gritando, como todo niño, pero cuando ya no se divisaba el campamento yagán continuaron caminando y recogiendo todo tipo de porquerías de esas que a los niños les gusta coleccionar: lagartijas verdes y marrones,

plumas, piedras, caracoles y escarabajos. Los niños yaganes no dejaban sin remover ninguna piedra que pareciese esconder algo. Una hora después, Diego estaba tan hambriento que la idea de llenarse de huevos hasta le parecía apetitosa.

Iluikish sacó charqui de guanaco y le dio un pedazo. Estaba sabroso. Los yaganes dejaban secar la carne de guanaco al viento y al sol y la iban salando hasta que estaba totalmente deshidratada. Estaba riquísimo y lo comió con ganas.

Al rato comenzaron a oírse los graznidos de las aves marinas.

—Estamos cerca —dijo Iluikish pasándole uno de los tres canastos que llevaba—, yo te diré qué hacer.

Al pasar las últimas dunas una visión maravillosa se mostró ante sus ojos: junto al mar se extendían enormes pantanos llenos de plantas; coirón, matas verdes, senecios, murtillas, pasto ovillo y pasto miel, trébol blanco y diente de león. Y entre toda esa vegetación anidaban y forrajeaban millares de aves. Playeros de diferentes tipos; zarapitos, chorlos magallánicos, canquenes. Los flamencos chilenos hacían su acostumbrada danza bajo el sol y los cisnes coscoroba se paseaban patulecos por entre las matas o flotaban pacíficamente por los charcos, zambulléndose de vez en cuando para engullir una rana despistada.

—¡Vamos por huevos! —ordenó Iluikish.

—¡*Hach, hach!* —gritaban los niños mientras iban de un lado a otro espantando a las aves para robar los huevos de sus nidos. Las aves revoloteaban asustadas, graznaban furiosas y/o arrancaban algunos metros a la espera de que los invasores ladrones se fueran. Diego no podía escuchar las instrucciones de Iluikish a causa de sus chillidos estrepitosos, pero imitaba lo que hacían sus compañeros y poco a poco su canasto iba llenándose de huevos.

Cuando terminaron, todos ellos tenían los canastos llenos, también Diego, y

estaban felices, embarrados y mojados de tanto corretear. Iluikish incluso tenía una gran rana verde.

—A mi *dabi* le gustará —explicó. Después tomó un huevo, le hizo un agujerito en cada extremo con una ramita y lo chupó golosamente— Prueba uno, Diego, están muy buenos —invitó.

Todos sus amigos chupaban huevos crudos, pero Diego se resistía a hacerlo. Él había visto huevos crudos y la clara tenía un aspecto bastante asqueroso.

De pronto, uno de los niños se cubrió la boca con el índice para indicarles silencio e indicó hacia tierra adentro.

Todos se volvieron al mismo tiempo. Detrás de una mata, con sus inteligentes ojillos negros asustados, les espiaba una cría de zorro gris, un hermoso cachorrito.

—¡Qué lindo! —exclamó Diego— ¡Parece de juguete!

Los niños yaganes no sabían lo que era un juguete, pero conocían a la madre de *tshiloer*, el zorro, y sabían que era de temer cuando su cría estaba en peligro.

—*Tshiloer* vendrá por él —explicó Iluikish—, tenemos que irnos.

Y como si lo hubiera estado escuchando, la madre del pequeño zorrillo apareció junto a su hijo y les mostró sus agudos colmillos gruñendo en sordina.

—Vamos, Diego, no tienes que correr o ella vendrá por ti y te morderá.

Se fueron alejando despacio, casi sin hacer ruidos y sin dar la espalda a la zorra, chapoteando entre las matas verdes. Había muchos mosquitos e insectos zumbando y Diego, con la boca bien apretada, trataba, en lo posible, de salir del humedal sin que ninguno se le colara por la nariz.

Ya lejos de la mamá del zorrillo, apuraron el paso, pero sin correr. Los niños no querían perder ni un solo huevo.

Se separaron al llegar al campamento y cada niño llevó sus huevos a su *dkar*. La madre de Iluikish estaba feliz y puso a asar algunos en el rescoldo. La ranita la clavó en una varilla y la dejó a fuego lento, al parecer era uno de los bocados favoritos de Wulaia Insdchis.

—Es más suave que la carne del caiquén —le explicó Kupanaka a Diego.

Seguro que Wulaia pensaba lo mismo, porque chupó hasta el último huesito y, para rematar, se chupó tres huevos crudos uno tras otro; cuando terminó, se relamía satisfecho.

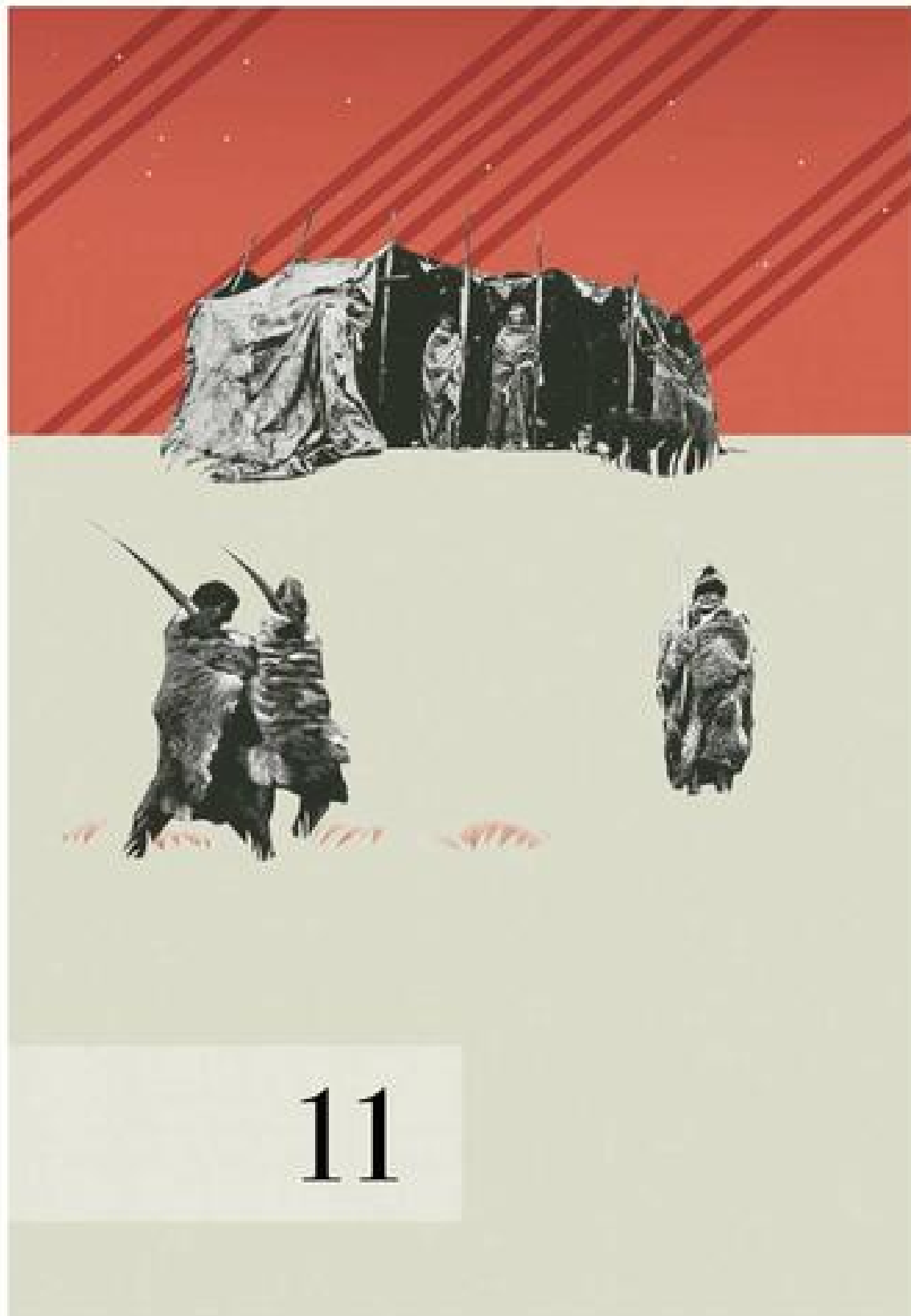
—Mañana partiremos con el alba —anunció— y Wulaia necesita todas sus fuerzas, vamos a pescar toninas en los canales. Vamos a necesitar mucha comida.

—¡Iluikish quiere ir, *dabi*! —pidió el niño.

—Esta vez —dijo Wulaia— Iluikish se queda para acompañar a Diego y cuidar a la pequeña (hermana).

Diego pensó que Iluikish y él eran tan diferentes como el sol de la luna. Si su padre le hubiese dicho “tú te quedas”, Diego, habría rogado, alegado y discutido hasta el fin, Iluikish aceptó la palabra de su padre como ley y se fue a dormir contento porque ¡tendría que cuidar de su latosa hermanita!

Por un instante, Diego pensó, que para qué necesitarían tanta comida. Había lobito, cholgas, huevos, tenían suficiente. Pero después de todo, eso no era problema de él, sino de los padres de Iluikish, así que en el instante siguiente lo había olvidado por completo.



11

Apenas abrió los ojos Diego supo que las cosas no eran como todos los días. Wulaia y Kupanaka se habían marchado en el *ánan*, la pequeña Loimuchka dormía en su envoltorio de piel de nutria, la abuela atizaba el fuego para cocinar e Iluikish... ¿Dónde estaba su amigo?

¡Iluikish había desaparecido!

Diego se levantó y salió a buscarlo con el terrier a la zaga. Fueron por todos los *ákar*, pero Iluikish no estaba en ningún lado. ¿A dónde se había ido? Junto con él se habían esfumado varios otros niños y niñas del campamento yagán, de modo que lo más posible era que se hubieran ido todos juntos.

Diego estaba sentido, hasta ahora había creído que Iluikish era su amigo, que lo invitaba a todas partes; no podía creer que su amigo lo hubiera dejado abandonado junto a los viejos y los pequeñuelos.

Porque eso era lo que quedaba en el campamento, unos pocos ancianos y los niños más pequeños. Todo el resto parecía haberse esfumado. Seguramente muchos andaban de pesca, pero ¿y el resto?

Mientras vagaba aburrido por los alrededores, Diego vio algo que llamó su atención: dos mujeres llevaban a una de las niñas más grandes y pasaron sin saludarlo, como era habitual en los yaganes. El niño decidió entonces que, para salir de la curiosidad, las seguiría. Quizás podría encontrar a Iluikish en el lugar a donde iban.

Siguió a las mujeres por un largo rato sin que ellas se dieran cuenta, Diego estaba adquiriendo algunas de las capacidades de los niños yaganes y se sentía muy orgulloso de ello. Finalmente, en un lugar apartado, apareció delante de ellos un

gran *ákar* y las mujeres, empujando a la niña, se perdieron dentro de él.

Cuidadosamente, Diego se fue acercando, hasta que empezó a escuchar el sonido apagado de cánticos que venían desde el *ákar*. Entonces, se arrojó al suelo para espiar sin ser visto.

A veces los cantos cesaban, pero llegaba hasta él la voz calmada de algún yagán diciendo cosas que no alcanzaba a entender. Los minutos pasaban y Diego continuó allí a la espera de que apareciese su amigo Iluikish sin darse cuenta de que llevaba media hora o más vigilando el *ákar* desde su escondite.

—¿Qué haces ahí, *kaiaula* (niño) Diego? —preguntó una voz a sus espaldas.

Avergonzado por haber sido sorprendido espiando, Diego se volvió lentamente para ver quien había hablado, era la mujer que le había ofrecido adoptarlo como su hijo, Aouaka le *kípa*.

—E-estaba b-buscando a Iluikish —balbuceó Diego.

—Iluikish se fue al *chiéjaus* para hacerse yagán —explicó la mujer— y no volverá en varios días.

—¿El *chiéjaus*? —Diego había escuchado algo sobre eso a su llegada; los niños no parecían estar interesados y tampoco saber de qué se estaba hablando.

—¿Quieres asistir al *chiéjaus*, *kaiaula* Diego? —preguntó la mujer—. Puedo invitarte para que nos acompañes. Sería un gran honor para ti, niño extranjero.

Diego no supo qué responder. No tenía la menor idea de lo que *chiéjaus* significaba, pero quería estar con sus amigos.

—¿Iluikish estará allí? —preguntó.

—Claro, él y muchos otros.

—Bueno —respondió Diego poniéndose de pie—, yo también quiero ir.

Aouaka le *kípa* lo tomó de la mano y juntos recorrieron el trecho que los

separaba del *ákar*. Agachándose para traspasar la pequeña abertura, entraron en la ruca y en cuanto sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, Diego descubrió que cada rincón de la choza estaba ocupado por yaganes de todas las edades, todos ellos con sus rostros y cuerpos pintados con líneas blancas, rojas o negras. A pesar del viento helado que azotaba el exterior, el *ákar* estaba caluroso y algo ahumado a causa del fuego que había en el centro. El agujero del techo era demasiado pequeño para dejar escapar todo el humo.

Diego estaba asombrado; la mayor parte de los niños estaba allí, al menos, los más grandes. Todos ellos tenían sus caras y manos pintadas con líneas blancas y llevaban hermosos *anwas* de plumas blancas en la cabeza, los adultos, en cambio, eran mucho más vistosos: sus rostros y cuerpos tenían rayas negras, rojas o blancas y sus *anwas* eran más grandes.

Sentado al otro extremo del *ákar*, un yagán que entonaba una canción ritual se detuvo bruscamente y todos miraron hacia los recién llegados. Aiouaka le kipa comprendió que debía explicar por qué había invitado al niño extranjero a asistir.

—Encontré al niño blanco solo, estaba triste, sin amigos y lo traje para que aprenda a vivir igual que sus amigos, como yagán —explicó Aiouaka.

—¿Quieres que el niño blanco haga el *chiéjaus* como yagán o sólo participe como invitado, Aiouaka le kipa?

—El niño blanco sólo me tiene a mí, no tiene padrino, así que viene como invitado, nunca aprenderá a cantar los cantos de yagán, pero puede aprender las reglas que aprenden nuestros niños y pintarse como verdadero hijo de yagán —continuó la mujer.

Los participantes del encuentro debatían lo que Aiouaka había propuesto; por sus rostros, Diego podía saber que no todos estaban de acuerdo. Hasta divisó a

Iluikish, sentado muy serio entre sus padrinos de *chiéjaus*, tan serio que cuando Diego le hizo señas con la mano prefirió simular que no lo había visto. Seguramente, pensó Diego, la disciplina era muy estricta.

—Es un extraño —alegó un yagán—, Diego no pudo reconocerlo por la pintura que llevaba, pero tampoco su voz le era conocida, de modo que debía tratarse de un miembro de otro grupo, —no conocemos su sangre ni si podemos confiar en él.

Fue como si se hubiese desatado una tormenta, todo el mundo quería dar su opinión, especialmente aquellos que no estaban de acuerdo en que el niño blanco participara del *chiéjaus*; todos hablaban al mismo tiempo y trataban de que sus palabras sonaran más fuerte que las de su vecino. ¿Y si el niño blanco era un *curspic* que había venido para hacerles daño?

Aiouaka le kipa, la causante del embrollo, estaba desconcertada, no era la primera vez que invitaba a un forastero al *chiéjaus*, lo único diferente es que esta vez se trataba de un blanco, pero ¿qué importaba eso?

—Imposible —dijo, el niño blanco ha sido un buen niño, el *curspic* no podría ni fingir la bondad.

Diego sentía que sus mejillas ardían. Él no había pedido que lo llevaran adentro, era invitado de Aiouaka, y además, era todavía un niño, incapaz de hacerles daño. Diego había pasado los días buscando huevos y bayas, ayudando a las mujeres que mariscaban en el acarreo de sus productos. ¿Por qué, entonces, lo trataban así?

La disputa subía de tono rápidamente y el niño, asustado, se soltó de la mano de Aiouaka le kipa, listo para irse, pero una voz conocida a su espalda lo dejó clavado en su lugar:

—¿Esto es lo que yagán quiere que los hombres de las tierras lejanas le hagan a

sus hijos? No es bueno cuando recibimos mal al que viene de lejos. El niño blanco llegó desde el otro lado de la tierra y el propio Kaiowala fue avisado de su venida en sus sueños. Watawineia no enviaría un espíritu malo a nuestro *ákar*, Watawineia dijo claramente que el niño viene a aprender, Aiouaka le kipa ha hecho bien en invitarlo.

¡El Yekamush había llegado repentinamente y había sido testigo de toda la escena! Y al parecer, no estaba de acuerdo con los ataques al niño que había venido de lejos. La voz del Yekamush dejaba bien claro que estaba enojado, muy enojado, con la pésima recepción que su gente le había hecho a Diego.

—Todos sus amigos están en el *chiéjaus*, Diego quiso acompañarlos y, si su destino es quedarse, sería bueno que aprendiera las normas de conducta yagán —dijo Aiouaka.

—Has hecho muy bien, Aiouaka le kipa. El niño Diego se quedará en el *chiéjaus* y eso será bueno para muchos, no sólo para él —declaró Kaiowala.

Con estas palabras quedaba todo decidido: Diego aprendería las costumbres de los yámanas como visita.

Aceptada su participación, Aiouaka le kipa pintó líneas blancas en las manos y el rostro de Diego con una mezcla de tierra de color y aceite de lobo marino, el resultado era interesante, pero nada de oloroso. Ella misma confeccionó un *arwa* de plumas blancas para su cabeza y el niño se la puso con orgullo, ahora estaba igual que sus amigos.

Durante todos los días que Diego vivió encerrado en el *chiéjaus* con sus amigos yaganes, su madrina Aiouaka se ocupó de enseñarle los cánticos rituales y de explicarle las normas que se les enseñaban. Eso resultaba importante, los conocimientos de la lengua yagán de Diego eran limitados y el dialecto yagán tenía casi

cuarenta mil vocablos.

Los niños estudiaban cosas aparentemente sencillas, reglas de buena conducta, como que debían recibir bien a los recién llegados, que debían hacer regalos a las personas que conocían, normas prácticas que ayudarían a hacer más fácil las relaciones entre los miembros de un grupo.

Lo más complicado era prepararse físicamente para la adultez, los niños debían practicar conductas que los fortalecerían para su vida futura: soportar el sueño, permanecer largo rato en condiciones incómodas, posiciones difíciles de mantener, exponerse al insoportable frío austral sin mayor abrigo y cosas similares.

Niños y niñas eran preparados en las tareas básicas de acuerdo a su sexo y aquellas necesarias para la supervivencia; los primeros debían encender el fuego con piedra pirita, elaborar arpones de hueso, después eran capacitados en las técnicas vitales para el yagán: cómo desprender la corteza de los árboles para construir el *ákar*, fabricar sus armas, los arpones, los anzuelos y las técnicas de pesca.

Las mujeres aprendían a armar el *ákar*, a curtir cueros y pieles, a fabricar cuencos de cuero de lobo; también salían a mariscar entre las rocas y fabricaban canastos para recoger huevos, entre otras cosas.

Por la tarde, los oficiantes les relataban historias de sus antepasados, de los espíritus que les habían transmitido el conocimiento, los *yoalox*, y también los prevenían sobre los peligros que podían acarrear los *curspic* u otros espíritus malévolos que poblaban la tierra. Cuando llegaba la noche solían cantar para espantar los terrores que encerraba la oscuridad.

Durante todos esos días que Diego acompañó a Iluikish en el *chiéjaus* los padres de su amigo, junto a otros yaganes, salieron de pesca y regresaron con los botes cargados de pingüinos, lobitos, patos silvestres, caiquenes y peces, todo destinado

a alimentar a los participantes, sin embargo, estos no disfrutaban de los resultados porque una de las normas los obligaba a estar sometidos a largas sesiones de ayuno. El yagán debía saber cómo sobrellevar el hambre. ¿Qué pasaría si por largos días no se conseguía alimento? O, ¿cómo vivirían las prolongadas sesiones de luto si el yagán no sabía soportar el hambre?

Por lo demás, no hubo un momento en que Diego no pensase en Amaru Mayta y los demás tripulantes del platillo volador. ¿Cuándo volverían por él?

Diego no podía verse y estaba habituado a su nueva vida, pero el niño no podía advertir que, a medida que pasaba el tiempo, su traje térmico se había cubierto de manchas y rasgaduras, además, tenía encima el olor de las largas semanas de convivencia con los yaganes. Su pelo estaba tieso, largo, pegoteado y amarilleaba en las puntas debido a la insistencia de Aiouaka de lavárselo con agua de mar. Si a eso le sumaba las líneas blancas y "aromáticas" que decoraban su rostro.

Y a pesar de todo, Diego era feliz, disfrutaba a sus amigos y era apreciado por ellos. Le gustaba la sencillez y sinceridad de los yaganes. El único problema era la insistente pregunta que le susurraba su voz interior: ¿volverían por él los tripulantes del platillo volador o le dejarían para siempre en el pasado, comiendo lobo marino y pingüino asado? La comida, eso era lo peor de las tribus ancestrales. Diego hubiera dado cualquier cosa, su tablet, sus video juegos y sus discos favoritos con tal de volver a comer una pizza y tomar helados de chocolate.

Entre tanto, el *chiéjaus* seguía su rutina. ¿Terminaría en algún momento? Aiouaka le había dicho que este podría durar muchas lunas y a pesar de que el cielo, permanentemente nublado, le impedía darse cuenta de las fases del satélite, Diego estaba seguro de que habían pasado demasiadas lunas y, al igual que casi todos los niños que hacían el *chiéjaus*, lo único que quería era volver a ser libre otra vez.



Y finalmente, una mañana, las puertas del *chiéjaus* se abrieron y los niños fueron invitados a salir. ¡Eran libres otra vez! Ah, y no sólo eso. Cuando abandonaron el *dkar* ritual, habían dejado de ser niños para convertirse en adultos.

Para Diego eso era totalmente incomprensible. En su vida real, él tendría que cumplir dieciocho años para convertirse en adulto legalmente y aún necesitaba vivir seis años más para ese momento. ¿Por qué el hecho de estar dos semanas en el *chiéjaus* convertía automáticamente a los niños yaganes en adultos? Casi parecía una burla.

Algún día –por el momento lo ignoraba–, Diego se enteraría de que casi todos los pueblos indígenas vivieron y siguen experimentando procesos similares para determinar el paso de la infancia a la vida adulta.

Iluikish y Diego corrieron al *dkar* del primero. Wulaia y su Kupanaka estaban contentos de verlos otra vez, les sirvieron una buena comida y los niños comieron hasta hartarse. Por fin los ayunos habían quedado en el pasado también; Iluikish bebía una y otra vez aceite de lobo marino para reconfortarse tras las duras pruebas físicas del *chiéjaus*.

Ahora que habían regresado a la normalidad, Diego percibió que algo había cambiado en Iluikish; su amigo no era el mismo desde que completara su primer *chiéjaus*. Aouaka le había dicho a Diego que las niñas incluso podían casarse después del rito, pero los niños seguramente deberían hacer dos o tres antes de ser considerados adultos y todavía deberían pasar por una ceremonia más importante: el kina.

Sin embargo, Iluikish parecía convencido de que ya era un hombre hecho y

derecho. Ciertamente tenía catorce años, dos más que él, y que para su edad era bastante fornido a causa de las exigencias de la vida de nómada, pero era un poco ridículo que su amigo se creyera “grande”, también con él. Por el motivo que fuese le daba órdenes o le corregía cualquier cosa que considerara mal hecha. Además, andaba pavoneándose entre los muchachos más grandes, que, por lo demás, también le miraban un poco sorprendidos, como si no entendieran qué estaba pasando con Iluikish. ¿Acaso era así de simple? ¿Ya se creía hombre?

Por fortuna, los otros niños todavía tenían ganas de disfrutar su niñez y una pandilla de ellos pasó corriendo por entre los ákares invitando a todos a jugar. Toda la tarde, los niños correataron por sus lugares favoritos, y lo primero que hicieron fue ir a observar las actividades de los lobos marinos.

La lobera cercana al campamento yagán era mucho más pequeña que aquella donde Wulaia y los demás pescadores fueran a cazar, pero, igual que la otra, bullía de vida; las hembras amamantaban a los pequeños mientras los lobos descansaban panza arriba y roncaban sonoramente, a veces, un par de ellos armaba una pelea sin que los niños pudieran entender por qué. Las peleas eran estrepitosas y los grandes machos se arrojaban uno sobre otro hasta que el más débil se daba por vencido y escapaba ignominiosamente.

–¿Y si los espantamos para conseguir algunos lobitos tiernos? –propuso uno de los chicos.

Diego tenía vivo el recuerdo de la cacería de lobos. Los yaganes corriendo y gritando, disparando sus flechas y arpones para espantar a las enormes bestias. El peor recuerdo era el final de la cacería; los cuerpos de los lobos pequeños aplastados por la estampida, el olor de la sangre. Demasiada violencia y horror como para querer pasar por ello otra vez.

—Esa es tarea de cazadores fuertes —dijo escogiendo cuidadosamente las palabras—, hombres con arpones, arco y flechas. Si los lobos corren hacia donde nosotros estamos no podremos escapar y seremos aplastados.

Claro que tenía razón, pero para mantener la dignidad, algunos de los chicos protestaron diciendo que no era tan difícil y que sería muy bueno recoger lobitos después de la estampida. Escondidos detrás de una roca discutieron sus posibilidades: ¿qué deberían hacer para espantar a los lobos sin contar con armas?

De repente, los lobos comenzaron a agitarse, bramaban muy fuerte y olfateaban yendo de aquí para allá.

—¡Nos olieron! —exclamó uno de los niños.

—¡Cambió el aire! —dijo otro— ¡Los lobos saben que estamos aquí!

Entonces decidieron alejarse.

Desde allí se fueron al humedal para buscar huevos, pero había un detalle que no habían considerado: los huevos habían sido empollados y los polluelos crecían, piando, exigiendo comida y correteando por todos lados, preparándose para emprender el vuelo con el cambio de estación.

Decepcionados, antes de volver al *dkar* capturaron ranas en el pantano. En realidad, Diego chapoteaba y tropezaba corriendo detrás de los escurridizos batracios, espantándolos en vez de atraparlos, haciendo el loco y provocando las risas de sus compañeros. Compadecido y cansado de tanto reír al ver la inutilidad de su esfuerzo, uno de los chicos yaganes le enseñó cómo hacerlo. Más tarde, cuando regresaron al *dkar*, Diego estaba empapado y aún más sucio que antes, si eso era posible, pero también orgulloso de entregarle a la madre de Iluikish una docena de gordas ranas para asar.

Unos minutos después, Iluikish hizo su aparición, todavía muy engreído, y

convencido de su superioridad sobre Diego, pero al ver las ranas su expresión cambió bruscamente. Había estado tan preocupado de acercarse a los yaganes jóvenes que el niño venido de lejos había traído comida a la fogata y él no. Avergonzado, se sentó junto a Diego, comió en silencio y cuando estaban por ir a dormir le invitó para el día siguiente:

—Vamos mañana a la playa —propuso—, salgamos a cazar pingüinos juntos.

¡Claro que sí! Diego no había imaginado lo mucho que le había hecho falta la compañía de su amigo. Era triste estar lejos de todos sus seres queridos, pero más triste aún era perder al primer amigo que había hecho en su viaje al pasado. La idea de matar unos simpáticos pingüinos no le atraía mucho, pero no había necesidad de pensar en ello sino hasta que llegara el momento.

Terminaron de comer felices haciendo planes para el día siguiente que sería el último en el campamento; Wulaia y su grupo se harían a la mar nuevamente.

Y era un hecho que Diego había aprendido a ser un verdadero yagán, porque, superando todos sus ascos de niño del siglo XXI no dejó un trozo de carne en la gorda rana asada que Kupanaka le sirvió. Y vaya, su abuelo tenía razón después de todo; las ranas sabían a pollo.

Pero una vez más el día comenzaría con una sorpresa.



13

13 Kaiowala y la ballena varada

Con las primeras luces del alba comenzaba a agitarse el campamento yagán. Al igual que Wulaia Indschis, todos los demás preparaban su partida. Habían pasado demasiados días en un solo lugar y eso no era bueno para el yagán, había que moverse, ir detrás de la pesca y de los mariscos, prepararse para la temporada fría. El invierno se acercaba cubriendo de hielo la tierra, el mar y ahora que había terminado el *chiéjaus*, todos estaban impacientes por seguir con sus vidas de nómades de los canales.

Y a todo esto: ¿qué pasaba por la mente de Diego?

Como todos los días, el niño venido de lejos despertó a primera hora, si bien Kupanaka ya había puesto mariscos al fuego aún más temprano. Cuando no existe la luz eléctrica hay que aprovechar bien las horas del día, en especial en la Patagonia, donde el día es más corto una buena parte del año.

De todos los *ákares* salía el olor de la comida, el aroma de las cholgas y las centollas asadas abría el apetito tanto o más que el frío de la mañana. Diego se había acostumbrado a estos desayunos con un poco de arena, aromatizados por los pescados y mariscos.

Aún no terminaban de comer cuando comenzaron a escuchar gritos. De todas partes venían llamados, sin duda algo estaba sucediendo. Wulaia y Kupanaka salieron a toda prisa, la abuela y los niños los siguieron.

La gente se había reunido en torno a la ruca del Yekamush. Delante de esta, con los brazos abiertos hacia lo alto y la mirada perdida en el mar, el gran Kaiowala murmuraba y gesticulaba, como si estuviera dirigiéndose al mismo Watauineia.

—¡A la playa larga! —gritó de pronto el anciano— ¡A la playa larga!

Ante la sorpresa de Diego todos los yaganes salieron corriendo en dirección al norte, nadie se quedó atrás, cerraban la marcha ancianos y niños pequeños. Al final iba Kaiowala, quien no podía correr, pero caminaba con gran dignidad apoyado en su mujer.

La playa que buscaban no era cercana y tardaron en llegar a ella. Iluikish y Diego corrían entre los primeros, seguidos por Jeremy, que ladraba feliz al ver que los humanos podían correr tanto como él. Diego estaba contento, últimamente el terrier se había puesto perezoso y pasaba la tarde echado junto al fuego. Siempre le había gustado estar con gente a su alrededor y su especialidad eran las señoras, porque tenían el poder de la comida, léase, Kupanaka y la abuela... o cualquier vecina.

Era una mañana oscura, opacada por negras nubes de tormenta y la playa estaba helada y húmeda a causa de la niebla, que venía desde el mar arrastrada por el viento que bramaba poderoso. Allí, de pie sobre los guijarros de una playa inmensa, esperaron que Kaiowala llegara hasta la orilla. El anciano llegó agotado, rengueando un poco a causa de las piedrecillas, y se paró delante de todos con la vista fija en el mar.

—¡La ballena viene! —aulló Kaiowala y el viento se llevó su voz cascada tierra adentro— ¡La ballena viene!

Un murmullo recorría el grupo de yaganes. Diego no sabía que estaba sucediendo, pero Iluikish tampoco, de manera que esperaron en silencio mientras el Yekamush continuaba con su llamado:

—¡La ballena viene! ¡La ballena viene!

De pronto, un grito electrizante los sacudió. Uno de los hombres saltaba en la orilla apuntando al mar con su brazo y allí, donde las olas se rompían y formaban

una espumosa marea, vieron un bulto enorme, monstruosamente negro, que se acercaba cada vez más hacia la playa.

¡Era una ballena! Enloquecidos de alegría, los yaganes saltaban en la playa. Kaiowala Indschis había llamado a la ballena y los yaganes tendrían mucha comida para llevar en sus *ánan* cuando partieran a navegar los canales.

Diego no podía entender cómo iba a suceder eso. La ballena era demasiado enorme como para que los yaganes salieran a arponearla en sus botes y tampoco era cosa de que saltaran al agua para cazarla.

Todas sus dudas se respondieron cuando el enorme cetáceo, como si hubiera enloquecido, se dirigió directo hacia la playa empujado y ayudado por las olas. Pronto, su enorme corpachón tocó fondo, pero continuó aproximándose hacia tierra, no sin dificultades, llevada por el oleaje hasta que su peso fue demasiado para la marea y el enorme cetáceo quedó tumbado sobre la playa.

La ballena aleteaba y coleteaba, se retorció desesperada tratando de regresar al mar. Diego estaba aterrado y conmovido al mismo tiempo. ¡La ballena había varado y moriría irremediablemente! Uniéndose a los perros de los yaganes, Jeremy había corrido hasta el gigantesco animal y, con el agua hasta la barriga, le ladraba furioso y asustado.

—¡Si sigue en la playa se va a morir! —dijo Diego a Iluikish.

Y su amigo, volviéndose hacia él con los ojos brillantes de entusiasmo, le respondió:

—¡Sí, Kaiowala Indschis llamó a la ballena, todos comeremos ballena y tendremos mucho aceite, Kaiowala es grande!

Sólo entonces Diego comprendió que para los yaganes lo que estaba sucediendo era mucho más que la muerte de una ballena. Era vida, la vida de muchos yaganes,

que tendrían comida para enfrentar el duro invierno que se aproximaba. Pero, ¿cómo podía Kaiowala haber llamado a la ballena a morir? ¡Eso era imposible, nadie puede hacerlo!

Como si leyera su mente, Iluikish le explicó.

—Sólo un gran Yekamush puede llamar a las ballenas. Yo nunca vi uno antes, pero mis ojos son dichosos, porque vi a Kaiowala llamar la ballena. Antes de morir, mi abuelo me contó que él vio un Yekamush que llamaba a las ballenas a la playa. Cuando muera, los yaganes iremos a cortar la carne, mi madre la salará y la secará al viento y cuando la comamos, la fuerza de la ballena estará en nuestros cuerpos.

Diego pensó que este misterio tendría que preguntárselo a Amaru Mayta. Hasta ahora, los incas habían respondido a todas sus inquietudes y de seguro ellos, si no Amaru Mayta, al menos el Gran Magistrado, sabrían cómo podía un Yekamush yagán, por muy grande que fuera, llamar a una ballena para dar de comer a su gente.

Apenas llegaran a buscarlo Diego le contaría lo que acababa de ver... claro, eso si los incas volvían por él. Por un instante, Diego había olvidado que hacía casi tres semanas que no veía a Amaru Mayta. ¡Tres semanas! Y ahora, cuando Wulaia y su familia se marcharan, ¿con quién se quedaría él? ¿tendría que partir con ellos o se quedaría a esperar a Amaru Mayta en el *ákar* del Yekamush?

A pesar de lo sucedido con la ballena y la conmoción alrededor, todas sus dudas estaban de regreso, atormentándolo. ¿Y si les hubiera sucedido algo? Amaru Mayta no le habría dejado así, sin avisarle, a menos que algo grave les hubiera ocurrido. Y todo era posible en los mares australes: podían haberse hundido, podían haber sido atacados por los *wolapatuj*, podrían haber perdido el rumbo y quedar

incapacitados de llegar hasta él, peor, incluso de regresar al platillo volador.

Mientras la ballena varada comenzaba a asfixiarse sobre la playa, la lluvia comenzó a caer y pronto todos estaban empapados. El agua les mojaba la cara, les chorreaba por el largo pelo desgreñado y a Diego se le escurría por el cuello dentro del roto traje térmico que le dieran antes de desembarcar. Tiritaba de frío. Lo único bueno de todo era que toda esa agua lavaba su cara y de paso disimulaba los lagrimones que brotaban de sus ojos; después de todo, Diego Herreros era sólo un niño de doce años que irremediablemente echaba de menos a su mamá.



1.4 El regreso del platillo volador

Cuando la ballena dejó de respirar, los yaganes trajeron sus arpones y cuchillas de hueso o piedra tallada y comenzaron a destazar al enorme cetáceo con facilidad y rapidez, ya que debían evitar el deterioro de la carne. Mientras unos cortaban, otros recogían el aceite, del cual se servían largos tragos para recuperar energías y tolerar el frío que calaba los huesos. Todos, incluso Diego, acarrearón grandes pedazos de carne y recipientes con aceite hasta el campamento; el traje térmico del niño era lo más parecido a un paño de cocina salpicado de aceite y de sangre.

Entre los yaganes, reinaba la felicidad, ahora no necesitaban partir de inmediato, porque tendrían alimento para muchos días. Kaiowala, sentado en el agujero que hacía de puerta de su *ákar*, pasó la tarde entonando muy bajito, cantos de gratitud hacia Watauineia. Saber que el campamento se mantendría armado tranquilizó a Diego, que había esperado con temor la partida de Wulaia y su familia. La ballena le daba un respiro a sus inquietudes y tiempo para esperar a Amaru Mayta.

La ballena varada había desatado una febril actividad. Algunos limpiaban huesos para hacer cuchillas, otros fabricaban cuerdas de tendones, las mujeres salaban la carne lavándola en agua de mar y la estacaban al viento para que se fuera secando y soportara los meses de duro invierno que estaban por venir, algunos habían armado una ramada para proteger el fuego de la lluvia y después habían puesto a asar grandes pedazos de carne, que se doraban lentamente. Pese a que llovió todo el día, eso no parecía incomodarles pues estaban acostumbrados a vivir bajo el asedio constante de las olas, el agua y el viento. Tan sólo se limpiaban la cara con sus grandes manos y continuaban con su tarea.

Con las sombras del crepúsculo, terminaron los paseos hasta la playa larga;

todos habían comido hasta hartarse y del cetáceo iba quedando apenas el esqueleto con unos colgajos sanguinolentos que algunos zorros más audaces roían a vista y paciencia de los hombres. No importaba, tanto el *tshiloer* (zorro), como el caiquén y el lobo marino, tenían derecho a alimentarse y esta vez había suficiente alimento para compartir. Incluso, algunos restos de carne fueron arrojados al mar como ofrenda a los espíritus que lo habitaban.

Agotado, el anciano Kaiowala, que apenas había comido unos bocados, fue el primero en retirarse a dormir. Las primeras sombras de la noche pintaban los *ákares* yaganes y los niños se acurrucaban en su interior cubiertos con las abrigadoras pieles de guanaco. Iluikish se quedó junto a los jóvenes a pesar de que los ojos se le cerraban de sueño, pero Diego, agotado, se tumbó junto a la pequeña shima con Jeremy sobre sus pies. Toda la noche sopló el viento y antes de que asomara la primera luz del día cesó la lluvia.

Amaneció el nuevo día, luminoso y despejado.

Desde la playa llegaba el rumor de las olas que reventaban salpicando espuma y arrastrando de un lado a otro una gran varazón de algas que la tormenta había desgajado de sus raíces.

Todo el campamento parecía haberse puesto de acuerdo para dormir un poco más de la cuenta; el arduo trabajo del día anterior había sido demasiado y cuando Diego asomó fuera del *ákar* apenas pudo divisar un par de mujeres soñolientas avivando el fuego. Como siempre, Jeremy fue tras él y al poco rato aparecieron algunos perros flacuchentos que les saludaron meneando las largas colas.

Diego fue hasta la playa y caminó sobre la alfombra de algas tratando de no resbalar y caer; el aire salino de la costa acarició sus mejillas recordándole, de paso, que todavía no había desayunado. Ciertamente el desayuno yagán no era lo que se

acostumbraba servir en casa de Diego Herreros, pero el vacío de su estómago era el mismo de siempre.

Jeremy, que había estado correteando y olfateando cada rincón de la playa se puso a ladrar repentinamente y vino hasta él intentando llamar su atención.

—¡Cállate, Jeremy, vas a despertar a todo el mundo, shiit! —Ordenó Diego.

Pero el terrier no tenía el menor deseo de complacerlo y seguía ladrando destempladamente.

—A ver, qué te pasa, ven, ven —llamó Diego.

Y de pronto, para su sorpresa, supo por qué razón Jeremy no dejaba de ladrar; el zumbido de un millar de abejas llegó en alas del viento. ¡Tenía que ser eso, tenía que ser el platillo volador, sólo el Carro Dorado de Atahualpa Inca zumbaba así, como un millón de abejas enloquecidas!

El platillo se materializó sobre sus cabezas girando y centelleando sus luces multicolores. Ahora Jeremy aullaba y Diego estaba frenético:

—¡Acá estoy —gritaba saltando sobre sus dos pies—, acá estoy! ¡Capitán, capitán, acá estoy!

En el vientre plateado del platillo volador se abrió una escotilla y un haz de luz cegadora impactó sobre el niño y el perro, envolviéndolos completamente. Un segundo, dos segundos y... luz; niño y perro desaparecieron en el interior de la nave.

Al instante siguiente, Diego se encontró en la cabina de mando, rodeado por Amaru Mayta y el resto de la tripulación. El niño, emocionado, corrió a abrazar al gran capitán balbuceando palabras entrecortadas.

—C-c-creí q-que ha-habían mu-muerto... q-que no i-iban a regresar —exclamó.

—Nunca te abandonaríamos, Diego Herreros, pero el Gran Magistrado quería que tú vivieras como un igual con los yaganes, y de haberte acompañado la

tripulación, nunca habría sido lo mismo.

—Fue muy difícil —explicó Diego—, pero también fue bonito. Tengo amigos y...

Diego acababa de notar algo diferente en Amaru Mayta: el capitán aguantaba un poco la respiración.

—¿Huelo horrible, no? —preguntó Diego echándose para atrás.

—Hmm, algo así —respondió diplomáticamente el inca, sacudiendo su elegante tocado de plumas—. Aquí no puedes bañarte, pero, ¿qué te parece si te sacas los restos del traje térmico y lo incineramos de inmediato?

No había caso con Amaru Mayta, tan educado y diplomático para decirle que estaba hecho un asco.

Tres horas y ciento ochenta años más tarde, Diego, frente al espejo del camarote del capitán, se limpiaba por vigésima vez la cara con una toallita húmeda, pero no había caso, todavía estaba demasiado sucio, necesitaba urgentemente un baño. ¡Y su peinado, si su mamá lo hubiera visto así se le habría caído todo el pelo de espanto!

—Prepárate, Diego Herreros —avisó Amaru Mayta asomando la cabeza por la puerta—, estamos por tocar tierra en Warahuamán.

Ah, al fin en casa —pensó Diego—, ahora sí que me daré el mejor baño de mi vida.

Y no sería hasta mucho tiempo después que recordaría eso tan extraño que había sucedido: al pensar en Warahuamán, la había visto como su casa, como si ese fuera su segundo hogar.

15 En la Ciudad Sagrada de Warahuamán

Todo Warahuamán se reunió en la plaza para recibir al Carro Sagrado de Atahualpa Inca, que regresaba de su peligroso viaje al pasado trayendo al Niño de las Tierras Prohibidas. Junto a la plataforma donde se posaría se encontraban un anciano alto y delgado, de largo pelo blanco, y a su derecha, un niño de doce años que observaba el cielo haciendo visera con su mano. A sus pies, un jaguar de collar enojado descansaba algo aburrido por la espera.

El platillo volador apareció desde el sur, un diminuto disco plateado, que se fue acercando rápidamente hasta posarse sobre la multitud; sus luces centelleantes comunicaban las maniobras que realizaría.

La nave descendió majestuosa sobre el centro de la plaza, en medio de los vítores de la gente. Tras unos minutos de espera, la escotilla inferior se abrió y se extendió la rampa de acceso. Una pequeña figura apareció en el umbral; era Diego Herreros, otra, más pequeña aún, saltó a su lado, bajó corriendo y ladrando y se dirigió hacia el anciano, pero se detuvo abruptamente al ver que el jaguar, se había parado y lo miraba fiero. Riéndose, el Gran Magistrado le ordenó sentarse y se agachó para acariciar al terrier regalón. Jeremy se echó sobre su lomo y le mostró la panza que el anciano rascó provocándole cosquillas.

Una ovación saludó a Diego; los warahuamenses ondeaban pañuelos negros –el color de la pureza– y sus gritos de alegría llenaban el lugar.

Diego bajó tímidamente, un poco avergonzado de tanto alboroto e ignorante de que los aplausos y gritos le estaban destinados. Tras él, los tripulantes incas descendieron majestuosamente encabezados por el gran capitán Amaru Mayta. Invitando a Diego, el capitán subió los escalones que lo separaban del Gran

Magistrado y haciendo una reverencia le dijo.

–Hemos cumplido la misión, Gran Magistrado, aquí está el Niño de las Tierras Prohibidas, sano y salvo.

–Bienvenido seas, Amaru Mayta –saludó el anciano–, gracias por traer de regreso a nuestro joven amigo.

Así diciendo, el Gran Magistrado se inclinó sobre Diego y le dio un fuerte abrazo.

–Felicitaciones, Diego, hiciste mucho más de lo que debías y eso me hace sentir orgullo por ti. Bienvenido a Warahuamán.

–Yo no sabía lo que debía hacer, pero después, cuando le cuente todo, puede decirme si aprendí lo que tenía que aprender, señor.

–Estoy seguro de que así será, Diego, pero antes de eso será mejor que tomes un buen baño y comas algo. Mira, la gente te admira, está con ánimo de fiesta y espera tu saludo –expresó señalando la multitud que lanzaba gritos de júbilo y llamaba al niño.

Diego se volvió y levantó sus manos; un rugido de alegría estremeció la plaza. Diego saludaba con sus manos y sonreía feliz, tan feliz que no podía evitar que sus ojos se humedecieran por la emoción.

El anciano, el niño, el jaguar y el terrier entraron al palacio del Gran Magistrado dejando atrás la celebración popular. Las grandes piedras de las murallas absorbieron el sonido lejano de la música. Los pies desnudos del Gran Magistrado y los afelpados de los animales se deslizaban sin producir sonido, de manera que los pasos del niño eran lo único que se escuchaba sobre las losas brillantes del piso.

Diego fue llevado hasta una recámara donde lo esperaba una gran tina de piedra llena de agua caliente, jabón y champú. Jeremy, en tanto, que regresaba no menos

sucio que su dueño, desapareció atrapado por el batallón sanitario de la residencia, no sin oponer resistencia, aunque fue vencido gracias a unos trozos de carne asada. El niño se desnudó, dejó su ropa en el suelo y se metió a la tina. El agua estaba deliciosa y su tibieza perfumada le hizo descubrir lo cansado que estaba su cuerpo después de los largos días vividos entre los yaganes. Sí, él se sentía cansado, pero... ¿ellos? Los yaganes seguirían su vida de siempre, esforzándose tanto para conseguir alimento en la desolada Patagonia y nunca tendrían acceso a un delicioso baño tibio, no alcanzarían a conocer el jabón ni sabrían jamás lo que era sacarse la sal del pelo. Antes de que pudieran conocer los adelantos de la vida moderna, serían injustamente borrados de la tierra por el huracán de la civilización. Pensó. Con pena, recordó a Iluikish, Wulaia, Kupanaka, la abuela y la pequeña shima. ¿Cuál sería su destino? A Diego le entristecía el hecho de que ni siquiera había alcanzado a despedirse de ellos, tampoco del Yekamush Kaiowala. Ojalá ellos no pensarán mal de él a causa de eso.

Diego lo ignoraba, pero los acontecimientos pasados pronto serían borrados de la memoria de sus amigos yaganes; el Gran Magistrado se encargaría de que todo pareciese un sueño gracias a sus poderes telepáticos.

El baño en la residencia del Gran Magistrado marcaría un punto importante para Diego: el baño siempre había sido una obligación que le permitía mantenerse limpio, un paso que había que dar rápido para no interrumpir lo verdaderamente importante, es decir, lo que lo entretenía; pero hoy, por primera vez en su corta vida, Diego Herreros descubría el placer del baño. Qué delicia estar metido en el agua tibia, jabonarse, enjuagarse, sentirse limpio de nuevo.

Ya vestido con una túnica inca, Diego estaba terminando su comida cuando el Gran Magistrado hizo su aparición. Jeremy, con su pelo rizado reluciente de

limpieza, lo precedía, y al olfatear la comida se sentó a los pies de Diego exigiendo sus bocadillos.

El Gran Magistrado se sentó al otro lado de la mesa y se dedicó a alimentar al goloso perro, mientras Diego saboreaba su primera comida “de verdad” en casi un mes.

—Y bien, Diego, qué piensas de estos días pasados junto a los yaganes.

Diego, que comía con entusiasmo y acababa de descubrir, algo sorprendido, que le resultaban apetitosas las papas con quínoa y queso, casi se atragantó con la pregunta.

—Yo, bien, ejem... fue algo largo, ¿no cree, señor?

—Sí, imagino que debe haber sido duro para ti, pero me gustaría saber qué opinas de los yaganes. Lamento que hayas debido quedarte solo con ellos, pero era necesario que vivieras como ellos para comprender bien la diferencia entre tu vida y la de un pueblo originario. Ellos se esfuerzan y sacrifican mucho para sobrevivir y, tanto para los yaganes como para otros pueblos, fue fatal que el hombre blanco ocupara sus territorios. No solo fue así para ellos y las otras tribus patagónicas, la fauna y la flora local también sufrieron las consecuencias de la conquista. Y ahora que ellos están al borde de la extinción es terrible para las otras especies que habitan la Patagonia: las aves, las ballenas, el lobo marino, el zorro, el guanaco y hasta los mariscos, que desaparecen arrasados por las grandes industrias pesqueras, la deforestación, el uso indiscriminado de energía no renovable y la contaminación.

—Y usted no se imagina, señor —intervino Diego—, lo buenos que eran. A pesar de sus sacrificios, me aceptaron como a un hijo sin importar de dónde viniera ni quien fuera, me protegieron, me invitaron a todas sus ceremonias, ritos y costumbres importantes. Vi cacerías, el *chiéjaus*, una ballena varada...

El Gran Magistrado lo dejó explayarse, estaba contento de que su plan hubiera salido tan bien. Tal como pensaba, Diego era el niño perfecto para llevar adelante su proyecto. Y habrían otros niños más, él estaba seguro, muchos niños que amarían y respetarían la tierra, la flora y fauna, sus aguas y serían capaces de trabajar por ella en el futuro.

—...lo único malo fue que no alcancé a despedirme de ellos y eso me da mucha pena. Me habría gustado ir a saludar al Yekamush Kaiowala, abrazar a Wulaia y Kupanaka y darle un besito a la pequeña shima. Además he estado pensando, ¿cree usted que podría invitar a Iluikish por unos días? Fue muy buen amigo y me gustaría hacer lo mismo por él—, remató Diego.

¡Vaya! ¿Era este el mismo niño de hacía dos años? ¿Qué había sucedido en su viaje al pasado? El Gran Magistrado casi no podía creer lo que escuchaba; había esperado ver buenos resultados del viaje de Diego, pero esto era mucho más. El anciano sonrió afectuosamente. Qué buen muchacho era este nuevo Diego, qué orgulloso se sentía de él.

—Quizás podríamos considerarlo más adelante —mintió, a sabiendas de que era imposible traer a Iluikish desde el pasado—, pero Iluikish no es el único amigo que has hecho en tus viajes y hay uno que te quiere ver y ha estado esperando hace un buen rato.

—¡Aymi, Aymi está aquí y no me habían avisado! —exclamó Diego mientras se ponía en pie de un salto y salía de la habitación. Minutos después regresó con su amigo, feliz y hablando como si le pagaran por hacerlo. Ambos niños no se habían visto desde que Diego viajara a Quetzaltlán, ahora tenían todo tipo de aventuras para compartir y, parte de sus experiencias, se reflejaban en sus ojos brillantes de entusiasmo.

El anciano se retiró sin despedirse, feliz de ver a los niños juntos de nuevo. Diego Herreros y Aymi Condori, buena pareja de amigos. Era bueno que Diego se relajara un poco antes de volver a casa en el platillo volador.

Llovía a cántaros sobre Santiago, el agua bajaba formando arroyuelos por las cunetas y empapaba a los transeúntes que regresaban a casa intentando esquivar a los automóviles que pasaban raudos. Arriba en el cielo, mucho más allá de la espesa capa de nubes que se descargaba sobre la capital, el platillo volador redujo su velocidad y sobrevoló la ciudad formando grandes círculos en espiral, hasta que finalmente se detuvo sobre la casa de los Herreros. Una vez allí, bajó la intensidad de las luces para que no pudieran ser vistas desde la ciudad y se estabilizó, a la vez que zumbaba como un gigantesco panal de abejas.

Diego Herreros se inclinó sobre el panel de instrumentos y se acercó a la ventanilla tratando de avistar su casa, pero no le fue posible, las nubes y la lluvia formaban una barrera impenetrable y lo único que pudo ver fue el débil resplandor anaranjado del alumbrado público que empezaba a encenderse.

—¿Contento de estar de regreso? —preguntó Amaru Mayta.

—No hallaba la hora —respondió Diego con sinceridad.

¿Contento? Contento era poco decir, nunca antes había estado tan feliz de volver a casa. Seguramente la aburrida reunión familiar continuaba y mientras los tíos jugaban cartas con los abuelos, la señora Carmen pondría la mesa para el té, el queque y las galletas de los domingos perfumarían el comedor y, en la cocina, gelatinas y alfajores esperarían a los niños que desordenaban la casa con sus juegos y gritos.

Una idea muy desagradable cruzó la cabeza de Diego: seguro que la pesada de su prima seguía instalada en su pieza, jugando con SU tablet en SU cama. La idea era insoportable, de manera que la desechó de inmediato. ¿Qué importaba? Lo

bueno era que en pocos minutos abrazaría a su papá y le daría un beso muy grande a su mamá. Un mes sin verlos que sentía como si fuera toda su vida, como si realmente hubiera vivido los ciento ochenta y siete años que los habían separado por ese lapso de tiempo.

—¿Listo para desembarcar? —preguntó Amaru Mayta.

—¡Listo! —respondió Diego tomando en brazos a Jeremy e instalándose en el tubo de teletransportación. La puerta acristalada se cerró herméticamente tras él y un relámpago de luz cegó la vista de la tripulación del platillo volador. Cuando recuperaron la visión, el tubo estaba vacío.

Un grueso rayo de luz atravesó las nubes y más de algún vecino despistado se quedó esperando la irrupción del trueno, pero el estampido del trueno nunca llegó; lo único que llegó fue un niño delgado que llevaba en brazos a su perro.

Todavía algo mareado, Diego caminó lentamente los metros que lo separaban de la puerta de la cocina sin percatarse de que la lluvia comenzaba a mojarlos. Empujó la puerta que se abrió silenciosa y dejando a Jeremy en el suelo comenzó a escurrirse a su dormitorio sin que sus primos lo descubrieran. El terrier, feliz, se introdujo de un salto en su cama y se durmió de inmediato.

Al parecer, el juego de carioca que se llevaba a cabo en la sala estaba más peleado que en otras ocasiones, porque las discusiones y risas eran ensordecedoras.

—¡Yo gané, yo gané! —se jactaba su abuela.

Y a continuación, un sordo murmullo de decepción recibía sus palabras. Diego sonrió; la abuela siempre ganaba, en parte porque tenía entrenamiento semanal con sus amigas jubiladas y en parte porque era incapaz de perder y siempre se las arreglaba para no hacerlo, aunque nadie había podido probar que hacía trampa... hasta ahora.

—Diego, ¿dónde estabas? Te estuve buscando por toda la casa.

¡Mamá lo había descubierto! Diego se detuvo en el primer escalón y se dio vuelta para responder.

—En el jardín, mamá, con Jeremy.

—¿Cómo se te ocurre, hijo, con esta lluvia y el frío que hace!

—Ah, pero nos metimos en el... —Diego se detuvo a tiempo, había estado a punto de decir “en el auto”, pero a su mamá le habría dado un infarto la idea de Jeremy en su auto—, debajo del techo del auto. Es que la Javi está en mi pieza.

—A tu papá no más se le ocurre mandarla para allá —reflexionó su madre—, no te preocupes —continuó—, están todos los niños tomando té en la cocina y desde este momento está terminado el castigo del cable y la tevé.

—¡Maaaami! —Exclamó Diego echándose encima de su madre. La abrazó fuerte de la cintura y descansó su cabeza sobre ella. Qué bien se sentía el olor de mamá y el calor de mamá.

—Oye, estás bien pelucón —dijo ella despeinándolo con la mano—, no me había dado cuenta. Mañana mismo vas a la pelu.

—Bueno, mami —accedió Diego, que siempre quería dejarse el pelo largo, pero de acuerdo a las circunstancias, no podía decirle que no a su madre. ¡Le diría que sí a todo!

—Vaya a su pieza, le voy a llevar una bandeja para que esté tranquilo —continuó su madre—, ¡Oye —exclamó sorprendida—, qué le hiciste a tus zapatillas nuevas!

Diego miró sus pies y descubrió, con espanto, que sus zapatillas nuevas hasta hacía un mes, eran ahora dos piltrafas asquerosas cubiertas de barro y manchas de grasa y algo que parecía sangre.

—Oh —fue lo único que atinó a decir, avergonzado.

—Qué malas salieron —reclamó doña Carmen con cara de asco—, cámbiatelas y bótalas a la basura, están asquerosas y quién sabe a qué huelen.

Mamá podía ser grandiosa a veces, sólo ella podía creer que sus mejores zapatillas se habían hecho pedazos en solo un mes. Aunque lo cierto era que Diego no podía entender qué había pasado con ellas, a menos que la lluvia fuera radiactiva, claro, porque media hora antes, cuando salió al jardín, estaban impecables.

Subió a su dormitorio disfrutando el orden y el olor a limpio, como nunca antes, qué cómoda y confortable era su habitación. Claro que se sentía un poco rara, por primera vez le parecía tan vacía, sin vida. Le faltaba gente. En todo caso, la familia entera estaba reunida abajo y él podría tomar té con ellos en vez de estar solo. Era raro, nunca le habían gustado las reuniones familiares.

A toda prisa se cambió de calzado y de calcetines, demonios, estaban llenos de “papas”, qué onda, ni que los hubiera usado un mes entero. Los cambió también y echó todo en una bolsa que iría directo al basurero; después se cambió el polerón y bajó a toda carrera. Era hora de saludar a sus abuelos y a los tíos.

—¡Pero si es míster Diego Herreros! —exclamó el abuelo al verlo llegar al comedor.

—Hola, abuela —saludó Diego, con un beso—. Hola, tata.

—Te echamos de menos toda la tarde —dijo el anciano.

—Ah, parece que me quedé dormido —explicó Diego—, me dio sueño leyendo.

—¿Y qué leías? —al tata no se le puede dejar conforme con evasivas, eso Diego lo tenía claro.

—Algo sobre los yaganes —explicó Diego sin tener claro de dónde había sacado esa idea tan extraña.

—¿En serio? ¡Me encantan los yaganes! Eran un pueblo extraordinario —comentó

el abuelo—, a ver, siéntate aquí y cuéntame. Debes saber que prácticamente vivían embarcados en unas bateas de corteza de árbol.

—Sí, de guindo —contó Diego mientras se instalaba frente a su abuelo—, pero no los llamaría bateas, tata; los yaganes recorrían todos los canales cazando y pescando en esos botes y hasta llevaban fuego a bordo. Algunos medían cinco o seis metros de eslora.

¡Y claro, tanto detalle no podía dejar callado al tío Carlos, especialmente si no era él, el centro de la conversación!

—¿Eslora, y eso qué quiere decir? —interrumpió.

—Es el largo de un bote —respondió Diego, algo molesto. Podía imaginarse a quién había salido la prima Javiera.

Mientras su padre y los tíos optaban por el deporte, ignorándolo, Diego y su abuelo continuaron la conversación. El abuelo, lector empedernido, estaba feliz de que uno de sus nietos ocupara su tiempo en la lectura y, dado que la memoria de Diego había sido borrada poco después de tocar tierra, la repentina aparición de esos novedosos conocimientos sobre los yaganes no podía ser para él otra cosa que alguna lectura que no recordaba cuándo había hecho. ¡Y sin embargo recordaba todo con lujo de detalles!

—No recuerdo el nombre —dijo con sinceridad cuando su abuelo le preguntó el nombre del libro.

Bueno, no importa, tengo uno excelente que te puedo prestar —ofreció el tata.

—¿En serio? ¡Bacán, tata, te lo voy a cobrar!

—En todo caso, sabes bastante, por lo que veo.

—Me habría gustado saber cómo hacían varar las ballenas —, se lamentó el niño.

—Ah, eso es muy interesante. Lo cierto es que hay un par de lugares donde

suelen producirse varazones de cetáceos y se cree que había una especie de regularidad que algunos chamanes yaganes conocían.

—Yekamush, tata, así se llamaban —corrigió Diego, tanto o incluso más sorprendido que el anciano. ¿Dónde había aprendido eso? ¡Jamás habría creído que le interesarían los yaganes, un pueblo extinguido antes de que él naciera! Y eso de Yekamush, cierto que eran unos tipos formidables, pero vaya a saber él cómo lo había aprendido.

Bueno, ya se acordaría, lo importante era que el tata le había ofrecido el libro sobre los yaganes y eso iba a ser estupendo para seguir aprendiendo sobre ellos. ¡Qué valientes debían haber sido los yaganes, mire que echarse a vivir al mar en los canales patagónicos, si no eran valientes seguro que, al menos, habían estado un poco locos!

El domingo familiar estaba terminando, tíos y primos se despedían en la vereda y la casa de los Herreros recuperaba su paz habitual. Vasos sucios, cojines fuera de lugar, restos del periódico repartidos por la alfombra y la mesa cubierta de desecho y desorden, eran las evidencias de un largo día. Mientras Jeremy roncaba debajo de su sillón favorito, Diego sabía una cosa: era el momento de esfumarse. Sus papás no complementaban muy bien el trabajo duro con el buen humor.

Subió la escalera a saltos y se encerró en su habitación, donde también se hacía presente el desorden. La Wii estaba en el piso, los juegos esparcidos. Libros y juguetes se encontraban desparramados por todo el lugar. El niño puso manos a la obra y, durante un largo rato, se dedicó a poner las cosas en orden.

Encontró las desastrosas zapatillas debajo de la cama ¡Había olvidado botarlas! Las tomó y las revisó con mirada crítica, buscando una explicación a lo que le parecía absurdo porque habían sido sus favoritas, era raro que estuvieran así, las

había cuidado como nunca antes había cuidado unas zapatillas.

Mirándolas con detalle descubrió cosas sorprendentes: ¡Las suelas de goma estaban llenas de arena, incluso, un chorrillo de ella cayó sobre el piso cuando las volteó! Muchas manchas raras, de aceite o parduzcas, como de sangre seca. Algo desconfiado las olió, arrepintiéndose de inmediato. ¡Las zapatillas olían a pescado!

Repentinamente, una palabra vino a su memoria: Iluikish... Iluikish, Diego estaba seguro de qué sabía algo sobre eso, pero no podía conectar las ideas en su cerebro. Sólo había una cosa clara: Iluikish y ese terrible olor a pescado estaban relacionados. Imposible saber cómo, pero Diego Herreros tenía leves intuiciones, unas más locas que otras, solo esperaba que todas las piezas de ese rompecabezas quedaran en su lugar.

Mientras trabajaba forzosamente su memoria, otra palabra saltó como impulsada por un resorte. Ahora, Diego recordaba dos nombres: Iluikish era el nombre de alguien y el segundo era Aymi. Aparejado a ellos relacionaba difusas figuras, pero detrás de un lejano recuerdo, el niño vio claramente dos ojos oscuros brillantes, llenos de risa contenida. Los ojos de un niño que le hablaban a través del tiempo y el espacio.

Glosario

Ákar: canoa hecha de corteza de guindo.

Amara: guanaco.

Ánan: bote.

Arwa: tocado hecho de plumas.

Chiéjaus: ceremonia para hacerse adulto entre los yaganes.

Curspic: para los yámanas, ser maléfico con poder sobre las tormentas, la nieve, la lluvia y el viento.

Dabi: padre.

Hach: huevo.

Kaiaula: niño.

Kina: ceremonia para hacerse guerrero.

Kipas: mujeres.

Maku: madre.

Shima: hermana.

Tshiloer: zorro patagónico.

Caiquén: ganso salvaje.

Yekamush: chamán entre los yaganes.

Yoalox: para los yámanas, uno de los linajes o clanes que poblaban el mundo en su origen, les atribuían la invención de los arpones de pesca y el fuego.